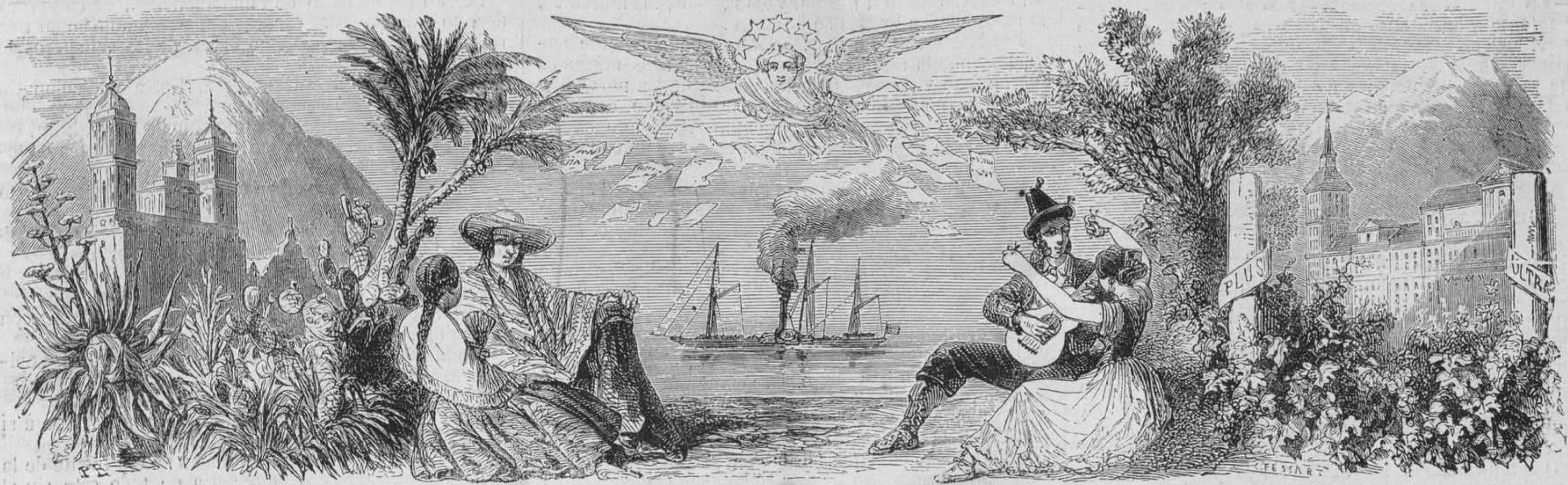


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 549.



Abanderado polaco.

SUMARIO.

Abanderado polaco; grabado. — **Pintura, escultura y arquitectura.** — **Fátima.** — **Avanzada de cosacos insurrectos;** grabado. — **Llegada á Bruszkopol de una partida de voluntarios;** grabado. — **Expedición de Cochinchina;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Poesía.** — **Estudios históricos.** — **Gavarni. Sus obras y su morada;** grabados. — **La enamorada recluta.** — **Las dos perlas.** — **Proyecto de monumento en Turin;** grabado. — **Exposición hortícola en Lila;** grabado. — **Tumbas de los Assiniboins;** grabado. — **Don Francisco Acuña de Figueroa.** — **Revista de la moda.** — **Góndola y caic de S. M. la emperatriz;** grabados. — **Varada de la fragata-ariete Regina Maria Pia;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Pintura, escultura y arquitectura.

Es un arte la pintura del cual todos tenemos un poco. ¿Quién, por ejemplo, no sabe alguna vez siquiera pintarse las cosas á su gusto?

Desde los espejos que pintan con admirable exactitud cuanto se les pone delante, hasta Rafael, Velazquez y Murillo, todos somos pintores.

¿Quién no se retrata en sus obras y en sus acciones? En asuntos de perspectiva, ¿quién no se ha dibujado alguna vez el día de mañana con toda la verdad necesaria para engañarse á si mismo?

¿Quién no tiene en su vida un rasgo que pinte su corazón ó su pensamiento?

¿Quién no sabe dar color á los cuadros mas negros?

¿Qué niña de quince años no tiene el dulce carmin de la pureza, para pintar en sus mejillas la honestidad de su corazón?

¿Cuántas mujeres vencidas por las intrigas de los años, no saben restaurar con cuatro pinceladas el arinconado cuadro de su antigua belleza?

¿No se pinta la muerte en el semblante de los moribundos?

¿Quién no se ha pintado en su propio corazón la imagen de la mujer que ama?

Todos somos pintores.

La escultura ya es otra cosa.

Es indudable que en todo pedazo de mármol, de madera ó de bronce hay una estatua; pero se conoce que la dificultad está en encontrarla.

Las obras de escultura se resisten mucho á salir de sus misteriosos escondrijos. El arte se fatiga en vano para sacarlas de la oscuridad de la vida privada.

Hay que creer que se encuentran mejor encerradas dentro de las formas irregulares de la materia.

Parece mentira que en una época tan material, se niegue la materia á recibir las impresiones del arte.

Pero la verdad es que ella está en su derecho.

El arte no ha sabido engañarla, y ella que conoce su importancia, ha caído en el buen humor de reirse del arte.

Ella es de suyo rebelde, y los escultores no tienen á su disposición bastante fuerza armada para hacerla entrar en razón.

Se lucha en vano.

Fidias no quiso dejarnos su secreto, tal vez porque no se perdiera su nombre; y por lo que vemos, se murió decidido resueltamente á no volver á nacer.

Yo no sé qué tiene el mundo, que el que una vez lo visita, aunque no sea mas que por un momento, no intenta de nuevo aparecer en él. Esto debería ser una cosa muy rara, si no sucediera todos los días.

No es extraño que los escultores de nuestros tiempos no puedan vencer la rebeldía de la materia, porque sin que yo me proponga almar á los espíritus débiles, puedo decir que la materia triunfa por todas partes.

Al grito de los intereses materiales todo cede y se ablanda.

Las ideas y los sentimientos se doblan y ajustan con perfecta exactitud á las exigencias del interés material.

El tiempo no pasa inútilmente.

La materia ha necesitado una larga serie de siglos para empezar á tener razón.

Le ha llegado á su vez el momento de pensar y se ha considerado con el derecho necesario para poder dar leyes á los hombres.

Cansada de sufrir el yugo del espíritu, se levanta á imponerle la ley de su naturaleza.

La que ha sido esclava tanto tiempo, bien puede gritar ahora con toda la fuerza de su derecho: « Mueran los tiranos. »

Si siguiendo el movimiento progresivo de esta gran revolución que presenciarnos, la materia entra en el período de su poder.

A ella le toca ahora hacer de los hombres estatuas. Fria como el egoísmo, lo primero que hace es apagar ese horno inmenso en que se han fundido siempre las acciones heroicas, los grandes hombres y los grandes pueblos.

La conveniencia es la turquesa en que vacía sus obras, la utilidad es el cincel con que las perfecciona.

¿Queréis que un hombre salte como excitado por una grande idea ó movido por un gran sentimiento? Pues no hay mas que tocarle ese resorte irresistible que se llama bolsillo.

Creo que Napoleon no tendría á la Francia sujeta bajo el yugo de su dominio imperial, si no llevara el nombre de una moneda.

Materialicemos un poco.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos: hé aquí el hombre.

Esta combinación da por resultado la inteligencia, la voluntad, el alma.

El pensamiento existe por una casualidad.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos se encontraron en un día en que no tenían nada que hacer.

La materia es naturalmente ociosa, pero esta vez hizo un esfuerzo sobre si misma, y los nervios, los músculos, la sangre y los huesos se juntaron.

Los huesos, mas torpes, fueron inmediatamente envueltos por la agilidad de los músculos: los músculos fueron á su vez sujetos por la sutileza de los nervios, y la sangre, no sabiendo cómo matar el tiempo, comenzó á correr de un punto á otro, como si quisiera averiguar todo lo que pasa en los estrechos recintos de las venas.

De esta asociación formada por una casualidad semejante á la que produce la reunión de los números que salen premiados en la lotería moderna, resultó el hombre.

Una vez hecho, la sangre que se ahogaba dentro de las venas, le pidió aire, y el hombre abrió la boca y respiró; el estómago no quiso ser menos y le pidió pan, y el hombre comió; los músculos le pidieron movimiento, y el hombre saltó.

Los nervios debían querer algo, y el hombre se rascó la oreja, se mordió las uñas, se dió una palmada en la frente y empezó á pensar.

Hé aquí la inteligencia saliendo de la materia como la espuma sale del agua agitada.

¿Porqué la materia de que se compone el hombre ha de ser menos que la materia de que se compone un racimo de uvas?

¿No tiene el vino un espíritu que nace del mismo vino? ¿porqué los músculos y la sangre, los huesos y los nervios no han de producir el espíritu humano?

¿Porqué no nos ha de embriagar el espíritu que nace de nuestra propia materia, como nos embriaga ese otro espíritu que nace de la materia encerrada en un racimo de uvas?

Y en verdad, ¿qué diferencia hay algunas veces entre el espíritu de vino y el espíritu humano?

¿Cuántos desatinos se deben al primero? ¿Cuántos desaciertos al segundo!

Un loco ó un borracho, ¿qué mas da?

¡El alma! ¿qué ha de ser eso para la materia?

Aquí vienen á pedirme unas cuantas líneas los intereses materiales.

Hablemos algo de los grandes intereses de la materia.

Parece que los pueblos modernos no quieren ya ni justicia, ni derecho, ni moral; se contentan simplemente con prosperidad.

Ha llegado el caso de que en el mundo no se haga mas que lo que trae cuenta.

Lo que es injusto, inmoral y ridículo, es perder.

El individuo no debe sustraerse al influjo de esta ley universal.

Las tres fuentes de la riqueza de las naciones son la agricultura, la industria y el comercio.

Lo sé de positivo: lo acaba de decir públicamente un napoleón, que he tenido que traducir en diez y nueve reales para entenderlo.

Vamos á cuentas.

La agricultura es el elemento de riqueza mas antiguo que se conoce; es anterior á la raza humana.

Su origen se pierde en el misterio de la primera raiz y en el arcano de la primera semilla.

Pero esa profunda reserva en que se envuelve desde el primer día de la creación, no ha podido ser un obstáculo al desarrollo progresivo que le ha impreso la mano del hombre en el decurso de los siglos. No hay mas que echar una ojeada sobre los últimos adelantos en este importantísimo ramo, para adquirir el convencimiento de que nos encontramos á la altura de seis mil años sobre la creación del mundo.

Aquí hay una verdadera pasión por la agricultura.

A todas horas se ve gente haciendo su gusto.

Las mujeres, impacientes por contribuir á la prosperidad pública, no pueden contenerse, y se plantan en los treinta años.

No hay un empleado que no haga esfuerzos supremos por echar raíces.

Para que los hombres echen flores, basta el aire ligero de una mujer hermosa.

Aquí hay bosques de viejos verdes.

Todos los días se explota el terreno de las ideas.

La política es una viña.

Se cultivan sin descanso las amistades de los poderosos.

El hombre, por fin, es un pedazo de tierra dispuesta á recibir todas las semillas. Apenas puede mantenerse en pié, y ya echa plantas.

Podemos sostener ventajosamente una comparación con el paraíso terrenal.

Entre los inmensos productos de nuestra agricultura, no se encontraba el árbol famoso de la ciencia del bien y del mal.

La vegetación humana estaba humillada.

El hombre hizo un esfuerzo supremo para sacar á la agricultura de esta vergonzosa postración, y arrojó á la cara de la naturaleza, engreída con sus secretos, la pomposa creación de los árboles genealógicos.

Desde entonces data la prodigiosa multiplicación de los alcornoques.

Los camuesos desconocidos en el paraíso, empezaron á florecer por toda la superficie de la tierra.

Pero esto era poco, faltaba todavía el árbol de la libertad.

Tal es la historia de la agricultura y sus últimos adelantos.

La industria no podía permanecer ociosa.

Fijó primeramente su mirada penetrante sobre los árboles genealógicos, y quiso ennoblecerse para seguir paso á paso el progreso de la agricultura.

Por un sentimiento de emulación fácil de comprender, no quiso vegetar oscurecida, y se tendió como una red, formando la nobilísima orden de los caballeros de industria.

Todo comenzó á enriquecerse. Hasta el diccionario adquirió la palabra especulación.

Esta industria prospera como aquella agricultura.

Aquí se fabrican al vapor noticias importantes de todos los puntos del globo.

De una mujer fea se hace una mujer hermosa á gusto de los consumidores.

Hay talleres de virtudes, almacenes de vicios, depósitos de ambición ó tiendas de golpes de pecho.

La amistad es una mina.

El amor una prendería.

Se imita el pudor de tal manera que se confunde con el original.

Se empeñan las palabras, se vuelven del revés las opiniones, y se charolan las conciencias.

A la industria no se le puede pedir mas.

¿Qué mas puede hacer un hombre que hacerse á si mismo instrumento de su industria?

¡Industria! ¡Cuántos peces nadan en esa fuente de la riqueza nacional! Pero ¿qué sería de todo esto sin el comercio, sin esa activa prestidigitación que todo lo transforma, lo transporta y lo trastorna?

El comercio es á la industria lo que las calles á una población: esto es materialmente, pero moralmente no es mas que tomar una cosa por otra.

Desde que Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, el comercio ha marchado sobre la tierra á pasos de gigante.

Poco tiempo despues, los hijos de Jacob vendieron á su hermano José.

Judas vendió á su maestro.

El conde don Julian vendió á su patria.

Hoy se vende hasta el dinero.

El comercio ha extendido sus operaciones á todos los actos de la vida.

Se cambian las miradas, las palabras y las tarjetas.

Hasta ahora el cambiar de opiniones ha sido de sabios, pero ya es de comerciantes, porque los comerciantes son ahora los sabios.

Para que se vea á dónde llega ahora el espíritu comercial, conviene no perder de vista que un gesto, una palabra, un movimiento pueden vender á cualquiera.

Una imprudencia es casi siempre la que vende á una mujer.

La inocencia está siempre vendida.

En el comercio se experimentan extrañas contradicciones.

Nada hay mas abundante que la adulación, y sin embargo, siempre se paga á peso de oro.

La verdad es rarísima, y apenas hay quien la quiera.

El comercio se encuentra á la misma elevación que la agricultura y que la industria.

El negocio salta impetuoso por todas partes.

Negocio, ha dicho un escritor francés, que es el dinero de los demás.

Debemos estar orgullosos de la prosperidad de nuestros intereses materiales.

La agricultura, la industria y el comercio, son los tres caminos que nos conducen á la perfección.

La materia pues es el gran escultor de estos tiempos: ella ha vaciado al hombre moderno y le está dando la última mano.

Veamos ahora la arquitectura.

Victor Hugo escribió una vez con mucha formalidad estas palabras: « El libro matará al edificio. »

Esta profecía debía producir la alarma y el desasosiego en todos los propietarios de casas.

La finca urbana, tan seriamente amenazada por Victor Hugo, pidió amparo á la autoridad, y los legisladores, que debieron ver en la destrucción de la casa la muerte de la familia, hicieron la ley de inquilinatos que rige en la capital de la monarquía.

El casero se hinchó como un bolsillo que se llena, y las casas comenzaron á subir elevando el edificio hasta las nubes.

La primera dificultad para todo casero es el terreno; pero levantando sus miradas por encima de los estrechos términos de los solares, vió que podía tomar de aire todo lo que de tierra se le negaba.

Aquí empieza para la arquitectura una especie de renacimiento.

La naturaleza y la civilización se han puesto de acuerdo para que la arquitectura pueda salir del yugo á que la tenía sujeta el peso enorme de los antiguos edificios.

La naturaleza obliga al hombre á ser inquilino, y la ley pone al inquilino bajo el dominio absoluto del casero.

Si Victor Hugo hubiera pensado esto, no hubiera dicho que el libro mataría al edificio.

La casa de Madrid se levanta triunfante y pone las bohardillas en el cielo, contra el terrible augurio del poeta francés.

El casero es á la arquitectura lo que el editor al libro.

Mientras pueda la arquitectura servir á la industria, no hay libro que pueda matarla.

¿Qué importa que no haya arquitectos si hay carseros?

La ley fundamental de la arquitectura moderna es que el edificio se alquile.

El arte y la belleza, que vienen á ser una misma cosa, son dos preocupaciones de la antigüedad.

Hoy lo bello agrada, pero lo útil triunfa.

Pintura, escultura, arquitectura, habeis sido demasiado grandes, demasiado poderosas, para que no nos ofenda vuestra presencia.

Preciso es que se humille ante nosotros vuestra soberbia aristocracia.

Ya no hay principes que os adulen, ya no hay héroes que fundir en bronce ni tallar en mármol, ya no hay aquella fe viva que levantaba esas inmensas catedrales, donde os habeis refugiado como los muertos á esperar el día solemne de la resurreccion.

¡Pintura! ya no hay mas que colores políticos, no se tiran mas líneas que las del cálculo, y no se dibuja mas perspectiva que la de la conveniencia.

¡Escultura! ya no se funden mas que cañones rayados, no se acuñan mas que monedas, no se graban mas que billetes de banco.

¡Arquitectura! ya no se edifican mas que casas, casillas y casinos.

Para cuadro, ninguno mejor que el que nosotros mismos formamos.

Para estatuas, ninguna mejor que una mujer desnuda.

Para edificios, nos sobran con la Bolsa y con el templo de las leyes.

JOSE SELGAS.

Fátima.

El sol caminaba á su ocaso, tiñendo apenas con su tibia luz las crestas empinadas de los montes, y semejaba un globo de fuego al sepultarse en el mar: las nubes cruzaban la atmósfera impelidas por el soplo de las brisas de la tarde, y el horizonte encendido con un color de amaranto durante el crepúsculo, parecía el reflejo de la luz lejana de un volcan. Este espectáculo imponente, este cuadro tan lleno de melancólica armonía tenía embelesada á la bella Fátima, que con la mano en la megilla lo contemplaba desde un gracioso ajimez de su alquería, dando á veces tristes suspiros, y pronunciando frases inarticuladas. El corazón de la mujer es tan susceptible de emociones, y en su alma (cuando la preocupa una pasión verdadera) hay tanta predisposición para entregarse á la melancolía, que Fátima (como enamorada de veras) concentraba todos sus pensamientos en la soledad sobre el hombre á quien amaba, y del cual se veía separada por una barrera de bronce. Así contemplaba silenciosa las postreras ráfagas de luz que iluminaban el cielo al despedirse el día, y mirando crecer por todas partes las sombras que dejaban á la tierra envuelta en el mismo luto que oprimía su corazón, tal vez una furtiva lágrima se escapaba de sus ojos para quemar su delicada megilla. La pobre Fátima sufría sus penas con resignación, y deseaba con avidez verse sola para entregarse á sus abstracciones melancólicas. Insensible á cuanto la rodeaba, veía deslizarse las horas tranquilas de la noche, sentada junto al ajimez de su cuarto, que le permitía ver el mar, y el ruido imponente y sordo de las olas, unido al del viento que parecía suspirar dolorosamente al estrellarse en las rocas vecinas, remedaba en su fantasía voces extrañas que distraían sus penas en la soledad.

Fátima era una jóven de diez y nueve años; su esbelto talle flexible como una palma, era muy á propósito para hacer resaltar la elegancia de sus vestidos del mas exquisito gusto oriental; y sus dos ojos negros brillaban en su cara morena, pero hermosa, como dos luceros, sombreados por larguissimas pestañas negras tambien, como las madejas de ébano que caían en rizos sobre su espalda. Su corazón alimentaba todo el fuego del alma de una mora, y aunque podia llamarse feliz porque el destino la habia dotado de hermosura y de riqueza, sufría bajo el yugo de un hombre constituido en tirano suyo, como un pajarito inocente que mira perdida su libertad. Tal era la suerte de la jóven Fátima, la cual, enamorada de un caballero cristiano, que solo podia verla de tarde en tarde, se creía sin embargo venturosa, cuando abandonándose á merced de sus pensamientos en una especie de somnambulismo, se figuraba verle á su lado y escuchar de su boca las mas apasionadas frases de amor. Pero cuando el hombre á quien su padre la habia confiado al morir se presentaba á sus ojos, y con los rudos acentos de su voz queria convenecerla para que le amase (codicioso de las riquezas que ella poseía), todo el hermoso castillo que habia levantado en su imaginación se desplomaba, y solo veía la realidad deforme y aterradora de un hombre, que bajo el velo de una súplica rendida intimaba como un mandato despótico su voluntad, queriendo hacerla cumplir prevalido de su fuerza. Así Fátima esperaba en una ansiedad continua la llegada de su adorado, y anhelaba entonces mas que nunca tal vez que viniese para aprovechar la ausencia de Zaide, que así se llamaba el que hacia las veces de su tutor.

Ya habian pasado algunas horas de la noche sin que la jóven hubiese abandonado un instante su puesto, ni dejado (á pesar de la demasiada frescura del aire) de contemplar el mar y oír el majestuoso ruido de las olas,

cuando le pareció que el de unos remos cortando el agua llegaba á sus oídos, y que mientras mas se iba acercando, mas distintamente se escuchaba la voz de un hombre entonando una canción llena de ternura y melancolía. Al sonido de esta voz sintió latir su corazón apresuradamente, y todo su ser pareció animarse como por el influjo de una chispa eléctrica. Sus labios se contrajeron con una sonrisa de placer, y su boca pronunció involuntariamente con un acento que revelaba su alegría: ¡El es! mi Fernando, que no se olvida de mí! Pocos instantes despues la jóven se hallaba en el jardín de la alquería, y Fernando, valiéndose de una escala, arrojada con mano diestra sobre los tapiales, penetró en él y corrió á unirse á la reina de su corazón.

— ¡Fátima!

— ¡Fernando mio! dijeron ambos al estrecharse mutuamente en un cariñoso abrazo.

— ¡Cuánto tiempo te he esperado, llorando siempre por tu ausencia! dijo la jóven con un acento tan dulce que llegaba al alma.

— ¿Y crees que he sufrido yo menos que tú, por ventura? repuso Fernando. ¿Crees tú que soy yo feliz cuando me hallo distante de tu lado? respóndeme, alma mia, respóndeme, y haz que tu voz me embriague de placer.

— Déjame, déjame mirarte, amor mio; me parece un sueño que al fin te vuelvo á ver. Mira, cada vez que tú vienes, un rayo de luz penetra en el fondo de mi corazón, y lo alumbraba y lo colora; parece que todo respira alegría, y olvido los pesares que me cercan para concentrar todos mis pensamientos en un objeto, en tí, Fernando mio. Si hablas, tu voz es mas dulce que el canto de los ruiseñores, y yo, pobre loca, que solo sabe amar, no sé formar esos discursos que embelesan, no sé mas que gozar en mirarte y decirte con toda la vehemencia de mi corazón: ¡Te amo aun mas que á mi propia vida!

— ¡Oh! ¡Fátima! ¡No me digas esas palabras que me vuelven loco! ¿Tú no sabes que la magia de tu acento vierte en mi alma torrentes de placer? ¡No, no me digas eso, si no quieres que el exceso de la felicidad me ahogue!

El ruido de unas ramas movidas muy cerca del sitio donde se hallaban los dos amantes, vino á sacarlos de su enajenamiento y los hizo volver en sí. Fátima, aterrada, y como herida por un presentimiento siniestro, agarró agitada de un temblor el brazo de Fernando y le dijo en voz baja:

— ¿No has oído? Alguien ha escuchado nuestras palabras.

Fernando, esforzándose en serenarla, le contestó:

— No; ha sido el aire que ha movido las ramas de estos rosales; no temas, vida mia: ¿quién ha de ofender estando yo á tu lado?

Fátima no dejó por esto de temer, aunque queria aparentar que estaba serena; y con sus hermosos ojos negros dirigia miradas recelosas á todos lados, creyendo verse á cada instante rodeada de mil peligros. Fernando procuraba distraerla, y tomando una de sus manos que estrechó apasionadamente entre las suyas, la dijo con un acento muy cariñoso:

— Fátima, ¿quieres hacer la felicidad del que te adora? responde; ¿quieres venir conmigo á otro país donde no seas víctima de ambiciosos, y donde podras vivir con libertad?

— Sí, contestó Fátima con temor, derramando su vista alrededor de sí; y luego que se hubo cerciorado de que solo Fernando la oía; sí, dijo otra vez, yo quiero partir contigo, si me juras respetar mi cariño, y unirte para siempre á mi con lazos indisolubles.

— Sí, yo te lo juro, mi querida Fátima. Ven, mi lancha nos espera, oculta en una concavidad de la roca, y debemos apresurarnos á huir, para que no puedan alcanzarnos cuando venga el día; ven, desde hoy nuestra vida será todo amor y felicidad.

— ¡Antes la muerte! dijo una voz aterradora, y al momento Fernando se vió preso por cuatro moros de nervudos brazos, mientras que otros dos se llevaban á Fátima sin conocimiento.

— ¡Al momento, al agua! dijo el hombre que habia hablado antes, y que era Zaide, el tirano que hacia tan mal las veces de padre con la jóven. ¡No andarse en contemplaciones! ¡pronto! ¡he dicho ya una vez que al agua, y si no cumplis mis órdenes al instante, vais todos de cabeza al mar!

Fernando creyó que era llegado el momento de morir, al escuchar las terribles palabras de aquel hombre; y la sacudida violenta que habia sufrido su alma, pasando de los éxtasis deliciosos del amor tal vez á los brazos de la muerte, le abatió un instante dejándolo en inacción, á merced de aquellos cuatro sayones que lo sacaron del jardín y se dirigieron con él á la orilla del mar. Cuando hubieron llegado á ella, vió Fernando un bote grande que los esperaba, y oyó á Zaide que dijo con aspereza á sus guardianes:

— Ya lo sabeis; entregádselo al Ochalí, y que lo destinen á los trabajos mas duros.

La esperanza volvió á renacer en el alma de Fernando, que ya habia creído ser cuando menos pasto de los peces, y recobrando la facultad de pensar, que habia tenido embotada algunos momentos, se alligó dolorosamente pensando en el estado á que quedaba reducida su adorada. Los cuatro moros le hicieron embarcar en el bote, y despues de haberse apoderado de los remos, gritaron á coro con voces ásperas é imponentes:

— ¡A Argel!

— ¡A Argel, y cumplid mis órdenes! gritó Zaide tambien desde la orilla.

Y los remos, hiriendo las olas, pusieron el bote en movimiento.

Entre tanto Fátima, que se habia desmayado en el jardín, no volvió en sí sino para llorar su desgracia y la pérdida de su amante, á quien juzgaba asesinado por los hombres que lo sorprendieron; pero su agitación creció extraordinariamente cuando vió aparecer en la puerta de su estancia á Zaide, arrojando miradas aterradoras y anunciándole en su torvo semblante alguna desgracia, aun mayor todavía de las que habia soñado hasta entonces. Zaide se adelantó hacia ella, y sentándose en los almohadones que habia junto al lecho de la jóven, la dijo con aspereza:

— Fátima, dentro de ocho días has de ser mia para siempre, ó has de morir. Tu padre me dejó encargado que te hiciese feliz, y tú no puedes serlo con un enemigo de tu ley.

La jóven suspiró dolorosamente, y no desplegó sus labios para pronunciar una sola palabra: Zaide continuó:

— ¿Creste por ventura, desgraciada, que yo era algun amartelado castellano, y que podrias burlarte de mí?

— ¡No, repuso Fátima con entereza, ya sé que sois un vil, y que no abrigais el alma generosa de los árabes ni de los castellanos; sé que la sangre que corre por vuestras venas es la infame sangre de los turcos, y que vuestro corazón es mas cruel que el de las fieras del desierto! ¡Ya veis si os conozco sobradamente para saber que no debo esperar de vos mas que vilezas!

— ¡Fátima! dijo Zaide dando un rugido terrible como el de un león.

— ¡Oh! ¿qué podeis hacerme? contestó la jóven con energía; ¿matarme? en el estado á que me habeis reducido, la muerte es la sola felicidad que me resta.

— Pues bien, no morirás, repuso Zaide con una risa sardónica; no morirás, y vivirás para mí. Dices que no cabe amor en el alma de un turco; pues ¿qué es mas que los celos, lo que me obliga á tratarte con tamaña crueldad? ¿sabes tú la furia que derrama en mi pecho el saber que hay otro hombre que hace palpar de amor tu corazón, que solo me consagra el aborrecimiento? ¿Sabes tú que no hay obstáculos que no supere mi constancia, y que te lo repito, Fátima, has de ser mia de grado ó por fuerza?

— ¡Ah! sois un infame que abusais de mi debilidad, dijo la jóven sollozando.

— ¡Traicion, señor! gritó desde fuera un hombre á cuyo acento quedó Zaide como petrificado; ¡traicion! ¡se nos ha escapado! grito lanzándose dentro de la estancia de Fátima uno de los cuatro moros que habian partido con Fernando. El maldito se aprovechó de un descuido para arrojarle al agua, y ha nadado como un pez. Nos ha sido imposible darle alcance, señor; mis compañeros han marchado á registrar el bosque donde se introdujo huyendo; pero temo que traspase la frontera antes que puedan alcanzarlo.

— ¡Maldicion! dijo Zaide ciego de cólera, mientras que el rostro de Fátima brillaba radiante de alegría; ensilla mi caballo al momento, y ¡ay de vosotros si no lo alcanzamos! ¡vuestras cabezas me responderán de la suya!

Y salió de la estancia seguido del moro que le habia traído el mensaje.

El placer que Fátima habia sentido al escuchar las noticias que tanto habian alarmado á Zaide es indecible: creía que soñaba, que todo lo que habia sucedido era un delirio, y aun no se atrevia á darse cuenta de sus pensamientos. Un instante tuvo la idea de abandonar la alquería y marcharse en busca de su adorado; pero el temor de ser descubierta, y la idea aterradora de la venganza que el infame moro podia ensayar en ella, la detuvo; sin embargo su mente formaba mil proyectos sin que ninguno pudiese llegar á realizarse, y su alma volvía á cobrar toda su energía al saber que vivía Fernando aun, y que debia conservar su vida para él. Fernando, en tanto habia logrado sustraerse de las pesquisas de los moros, llegando felizmente á una fortaleza fronteriza de castellanos donde le dieron asilo, y Zaide tornó desesperado á su casa, maltratando á todos sus criados porque no habian sabido emplear tanta diligencia como su rival. Cuando Fátima los vió volver solos y abatidos, sintió latir apresuradamente su corazón.

Un mes despues, en una mañana deliciosa se paseaba Fernando por su estancia, como abismado en sus pensamientos, leyendo la siguiente carta que le acababa de entregar un peregrino:

« Fernando mio: hace ocho días que Zaide, desesperado de obtener mi amor, me ha encerrado en una oscura mazmorra, privándome del aire y de la luz. En medio de mis dolores, solo la idea de que me amas es la que me hace soportar la vida; y tu querida Fátima espera de tu valor que la arranques del poder de su tirano. A Dios. No puedo escribirte mas, porque me veo rodeada de espías; si no has entregado al olvido los juramentos que me hiciste, ven á libertar á la que diera su vida por tí. — FÁTIMA. »

Fernando pareció animarse, y acercándose á una puerta de las de su cuarto, dió una voz á la que se presentó un criado.

— Que venga inmediatamente ese peregrino, dijo.

Y dos minutos despues se encontraba este en su presencia.

— ¿Quién os ha entregado esta carta? le preguntó Fernando con avidez.

— Una jóven muy desgraciada, le contestó el peregrino.

— ¿Y dónde?

— En la alquería de Zaide, que se halla á orillas del mar entre Motril y Salobreña.

— ¿Cómo pudo entregárosela si se halla encerrada en una prision?

— Porque yo era uno de sus espías, y sus lágrimas me rindieron.

— ¡Ah!... ¡bendito seas! le dijo Fernando estrechando cariñosamente una de sus manos. Pedidme lo que queráis, pues á fe de caballero os juro que no os negaré nada de lo que poseo.

— Yo, señor caballero, le contestó el peregrino, solo quiero que liberteis á esa infeliz de la tiranía de Zaide, y que me entreguéis a este.



Avanzada de cosacos insurrectos en Ukania.

— Y ¿porqué te interesas tanto por la libertad de Fátima?

— Porque la madre de esa jóven libró á mi padre de la muerte; porque arrancándola de las manos de Zaide, caerá este en la desesperacion, como que la ama, y yo quiero gozarme en los tormentos del hombre que ha cruzado mi rostro con un látigo.

— Pues bien, antes de ocho dias, dijo Fernando, Fátima será mi esposa, y tú podrás satisfacer tu venganza. Yo te ofrezco poner á Zaide en tus manos.

La profecía de Fernando se cumplió: ocho dias despues de estos acontecimientos, Fátima era su esposa y habia abjurado su falsa creencia; y Zaide, ven-



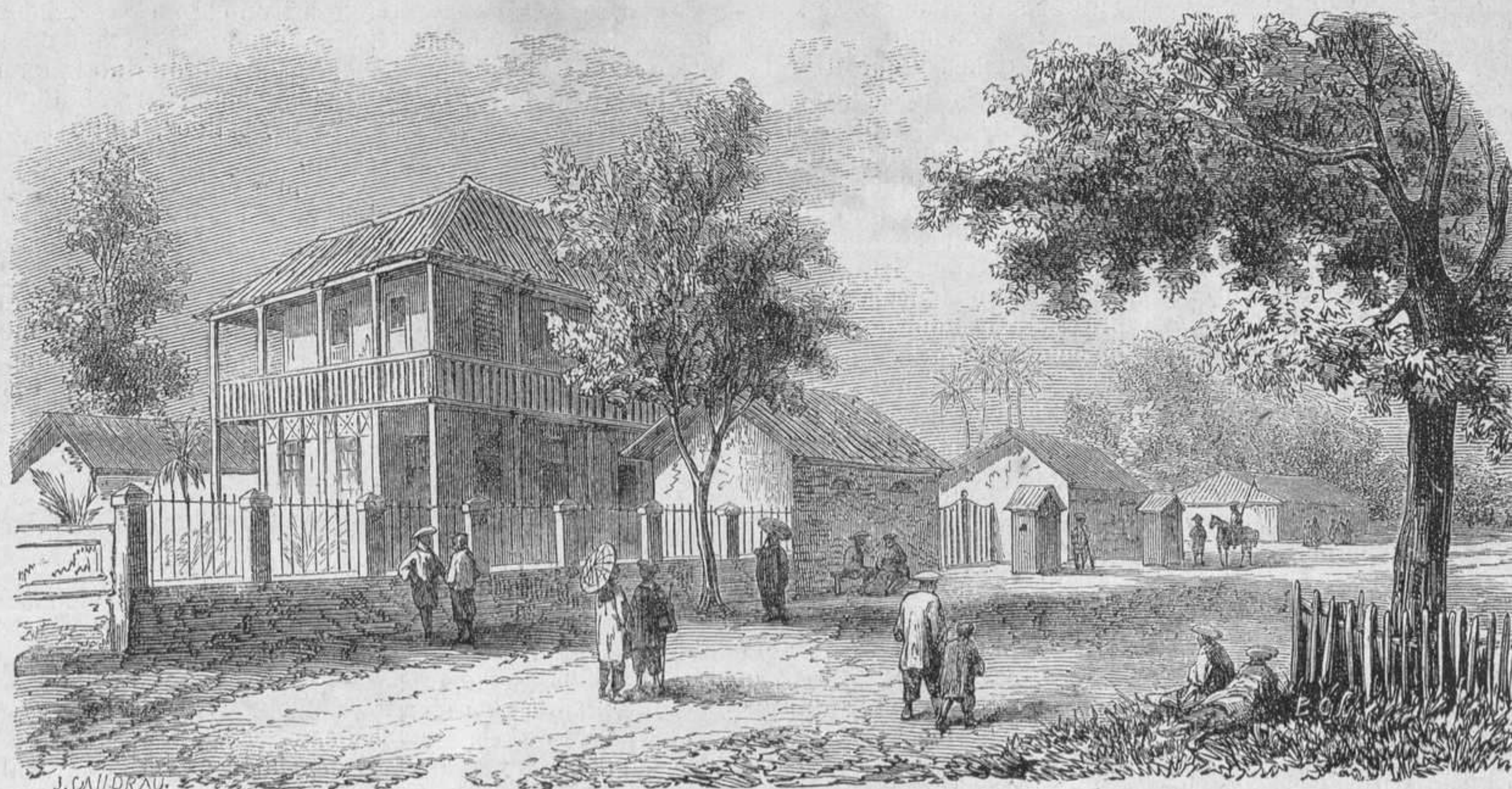
Llegada á Druszkopol (Volhynia) de una partida de voluntarios de la Gallitzia.

cido por los castellanos que habian entrado á saco su alquería, fué entregado por Fernando al peregrino, el cual le dió la muerte á que era acreedor por sus maldades.

M. C.

Revista de Paris.

Paris se halla inundado de extranjeros que vienen á visitar esta gran capital, justamente en la época en que sus moradores ordinarios la abandonan. La ciudad que el segundo imperio ha hecho tan bella, se halla entregada durante seis meses á los españoles, á los ingleses, á los alemanes, á los italianos, y aun á los

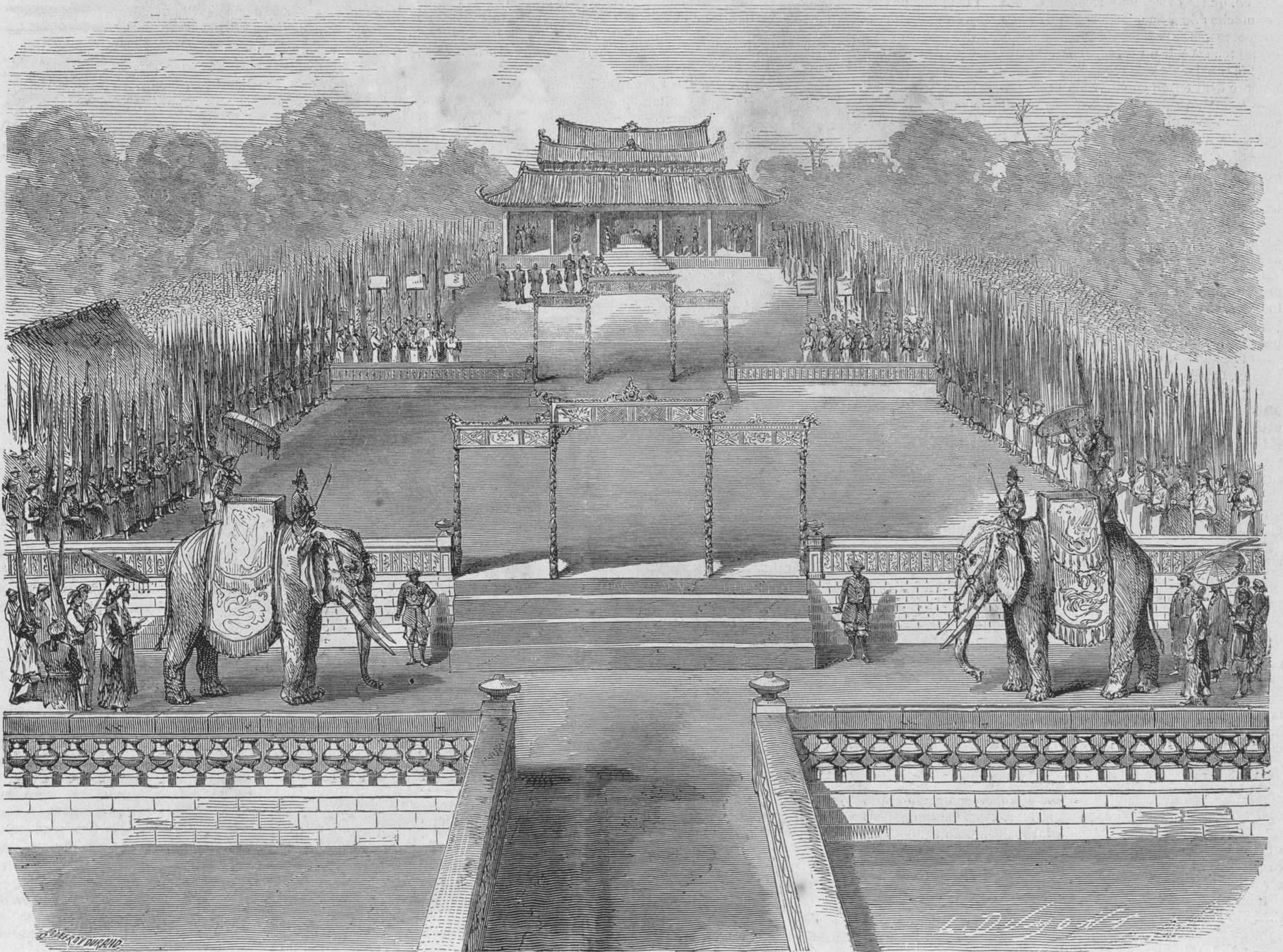


EXPEDICION DE COCHINCHINA. — Palacio del gobernador en Saigon: residencia del vicealmirante Bonard,

chinos y los turcos; pues todos los trajes de todas las naciones se cruzan en los paseos, así como se hablan todas las lenguas en los boulevares, desde la Nueva Opera hasta el fin del boulevard Montmartre. Entre tanto, los parisienses de gran tono se dicen con desden: « Huyamos, que no hay nadie en Paris; » y nunca como ahora Paris está rebotando gente. Venga una fiesta, sin embargo, y veremos que los espectadores no se componen enteramente de forasteros. El domingo último hubo unas carreras de caballos en Maisons-Laffitte, á las que acudió una gran parte de ese mundo elegante que segun las reglas de la moda debe encontrarse en el dia á muy larga distancia de donde tuvo lugar aquel steeple-chase. El espectácu-



Llegada del vicealmirante Bonard á la casa de la mision en Hué.



Audiencia de despedida del rey de Annam al vicealmirante Bonard en Hué. — (Véase el número anterior.)

lo era hermoso en verdad, y ¡habría sido lástima perderle. Además, Maisons-Laffitte se encuentra á diez y ocho ó veinte kilómetros de París, y no era absolutamente lo mismo mostrarse allí que en el paseo del bosque de Boulogne. Estos steeple-chases apenas cuentan un año de existencia; pero la facilidad de trasporte, la bellísima situación de un campo de carreras colocado en el centro de una de las más lindas localidades de las inmediaciones de París, poblada en el verano de familias opulentas, les aseguró desde el primer día un feliz éxito. Los accidentes del terreno han permitido que se diera á los obstáculos un aspecto natural, de cuyo modo el steeple-chase ofrece el carácter primitivo de su origen. La función hípica se efectuó sin ninguna avería, lo que es muy de notar en esta clase de carreras en que los jinetes y los caballos deben luchar con las dificultades de un país accidentado.

Todos los años por este tiempo, los parisienses que habitan en las cercanías de la capital, se quejan de los actos de rapiña y de los hurtos domésticos, cometidos principalmente en las casas aisladas. Ordinariamente los rateros que se dedican á tales fechorías no suelen echar mano sino á las provisiones de boca que consumen con la mayor tranquilidad en el mismo sitio donde las encuentran, limitándose á llevarse después algunas botellas de buen vino. Sus hazañas ofrecen á menudo curiosos pormenores. Repetidas veces ponen la mesa, y al otro día se hallan los restos de su banquete, pudiéndose contar por los cubiertos cuántos eran los individuos. En estas ocasiones no se encuentra en la mesa ni un plato roto, ni una botella fuera de su sitio. Sin embargo, la gendarmería está alerta, y en la última semana ha sorprendido á uno de estos grupos de culpados que estaban haciendo en un jardín una comida opípara.

El juéves último un señor cura párroco de un pueblecillo de las inmediaciones de París, pudo creerse un momento amenazado por uno de estos merodeadores de las barreras. El lance es original y divertido.

Mientras este buen sacerdote se hallaba ocupado en leer su breviario en el jardín, llegaron á decirle que un caballero preguntaba por él á toda prisa y le esperaba en la sala.

Al punto marchó á ver lo que quería.

El desconocido le dijo quién era, esto es, pronunció el nombre de un autor muy afamado, pero que no brilla seguramente por la moralidad ni por los sentimientos religiosos de sus escritos.

El sacerdote ocultó la impresión que le produjera el nombre del novelista, y saludó sin decir palabra.

— Sí, señor, repitió el individuo; soy M... y acabo de comprar una finca que depende de su parroquia.

El cura murmuró una felicitación que salió de su boca con un trabajo infinito.

— Sí, he comprado una magnífica propiedad, pues ha de saber Vd. que soy rico, muy rico, y por lo tanto me propongo hacer muchas limosnas. Le daré á Vd. dinero para su iglesia, para sus pobres, para Vd. también si lo necesita, y desde hoy diariamente tendrá Vd. un cubierto en mi mesa.

Al oír hablar de este modo al que se había presentado con el nombre del literato en cuestión, el sacerdote se quedó atónito.

— Vamos, se dijo para sí, no es tan malo como aparece en sus libros. A estos hombres se necesita conocerlos para saber que su corazón vale más que su pluma.

— Sí, señor, haré mucho bien á todo el mundo, continuaba el autor animándose más y más, y para principiar voy á fundar desde luego un hospicio. Ahí tiene Vd. por qué he venido á verle, porque quiero me indique un buen terreno...

— ¡Ah! Lo que es eso no me corresponde, interrumpió con acento suave el cura párroco, es cosa del alcalde, y si Vd. gusta avistarse con él...

— ¡Cómo! ¿Quiere Vd. llevarme delante del alcalde? es una mala acción, y con fundamento dicen que se debe desconfiar de los curas.

A este exabrupto pronunciado con voz furiosa el sacerdote se puso pálido.

— O está loco, ó finge la locura para hacerme alguna mala pasada, se dijo para sí; ¿cómo libertarme de este hombre?

— ¡Ah! ¿con que quiere Vd. llevarme al alcalde? gritaba el otro dando pasos gigantescos por la sala; veremos si se atreve usted...

Por fortuna, el sacerdote consiguió llegar hasta la puerta y escaparse; y la primera persona que vio cuando hubo salido de su casa fué el cabo de la gendarmería del pueblo.

— Amigo mío, exclamó dirigiéndose á este, si quiere Vd. hacerme un gran favor, suplique á M... que salga de mi domicilio.

— Con mucho gusto, señor cura, respondió el gendarme, aunque me hallo muy ocupado en este momento...

— ¿Pues qué hay?

— Estamos buscando á un loco furioso que se ha escapado esta mañana de la casa de sanidad.

Una idea luminosa cruzó la mente del sacerdote.

— El loco y mi hombre son quizá la misma persona, exclamó con tono inspirado.

Y su inspiración era exacta; por lo cual el que se había presentado con el nombre de uno de los literatos parisienses más á la moda, fué atado y llevado á toda prisa al cuarto de donde había logrado salir, no obstante la estricta vigilancia que le rodeaba.

La crónica judicial de la semana de donde tomamos esta anécdota, cuenta la historia de una aventurera que cambiando de vestidura como de lenguaje y sabiendo proporcionarse informes acerca de las personas que quiere estafar, consigue infundirles la persuasión de que ha conocido íntimamente á miembros de su familia. Entre los hechos que la crónica á que nos referimos carga sobre su conciencia, elegimos el último, para dar á conocer á nuestros lectores á esta inteligente aventurera.

Hace pocos días una señora viuda designada con la inicial C..., vió junto á la puerta de su casa á una mujer vestida elegantemente que se llegó á ella muy risueña y la dijo:

— ¡Ah! ¡qué encuentro tan inesperado! ¡cuánto celebro ver á usted!

— Muchas gracias, señora, respondió la viuda, por el inte-

rés que Vd. me demuestra, pero no tengo el gusto de conocer á usted.

— ¿De veras no se acuerda Vd. de mí?

— De veras no me acuerdo.

— Puede ser muy bien, porque en la época en que nos veíamos era yo muy jóven; pero sin duda alguna debe Vd. acordarse de mi padre, su antiguo casero de Vd. en la calle de Angulema. Ahora vivimos en la calle Mazarine, número 20.

La viuda había conocido efectivamente á la familia, y preguntó á la intrigante en qué había venido á parar su hermano.

— Mi hermano, respondió esta, se ha juntado con malas compañías, y ha hecho una solemne calaverada; es cómico y disipa todo su dinero. No merece seguramente que nos ocupemos de él. Pero hablemos de Vd. y de su posición; yo puedo ser á usted útil.

Seducida por su lenguaje y sus modales, la viuda la hizo subir á su habitación, donde conversaron largo rato.

— Si quiere Vd. darme gusto, dijo la aventurera, venga usted á comer conmigo el sábado próximo. Mi madre celebrará muchísimo ver á Vd.; conoce sus desgracias y sabe cuán digna es Vd. de admiración y de respeto. Ahora me marchó, pues tengo que comprar algunas medicinas; voy á dar mucho dinero al boticario. Con que hasta el sábado, ¿no es verdad?

— Sí, señora.

Dió unos pasos para salir y volvió diciendo:

— ¡Qué cabeza la mía! Debo pagar más de cien francos y no llevo el dinero que necesito; ¿podría Vd. prestarme lo que me hace falta hasta el sábado?

La pobre viuda la entregó sesenta francos, que era todo lo que poseía.

— No olvide Vd. mis señas, dijo la aventurera al salir: ni tampoco que contamos con Vd. el sábado.

A pesar de todos los pormenores en que había entrado la visitante, la viuda concibió algunas sospechas, y se fué al punto á la calle Mazarine, número 20, donde se convenció de que había sido víctima de una estafa.

El gran acontecimiento de la semana ha sido la primera representación del nuevo drama en cinco actos y ocho cuadros titulado *el Secreto de miss Aurora*, donde, como hemos anunciado á nuestros lectores, se ha verificado la aparición de los espectros por el nuevo sistema de fantasmagoría inventado en Londres.

Miss Aurora Floyd ha cometido la imprudencia de contraer matrimonio con el jockey de su padre. Hé ahí revelado el terrible, el espantoso misterio.

Sin embargo, la jóven no tarda en conocer que su marido es un bribón de á folio, y concluidas sus ilusiones, así como también sus recursos, se vuelve arrepentida á casa de su padre, que la perdona.

Miss Aurora pasa por un gran partido, y como todo el mundo ignora aquel enlace, la solicitan muchos pretendientes; pero cuando la apremian para que elija un marido, se turba, se alarma; pone el abismo de su secreto entre ella y sus adoradores, y jura que jamás será de nadie.

Tal es la situación al comenzar el drama.

Solicitada por un capitán inglés y por un noble campesino, miss Aurora no puede hacer otra cosa que desesperarse, hasta que aparece en su casa un mendigo, quien pone en sus manos un periódico de Berlín, en el cual se lee que el famoso jockey James Conyers (su marido) ha dado una caída de caballo de la cual ha muerto.

La viuda, loca de júbilo, piensa en casarse.

El capitán está muy bien visto, pero su honor militar le impone el deber de exigir á miss Aurora que le descubra su secreto, y la jóven se niega á hacerle esta confidencia.

En cuanto al noble campesino, generoso, entusiasta, y por lo tanto imprudente, solicita con los ojos cerrados la mano de la jóven, y le jura que en manera alguna le importan sus secretos.

En el segundo acto el capitán se ha casado con una prima de Aurora, y esta se llama la señora de Mellish, y se encuentra en la habitación de su marido que tiene una afición loca á los caballos. Aquí hallamos un nuevo personaje, una especie de idiota feroz que por haber dado de puñaladas á un perro recibe unos latigazos de su señora, que reclaman venganza.

Están esperando á un nuevo jockey, y hé aquí que este jockey, cuya llegada desea tanto el marido, no es otro que James Conyers en carne y hueso.

Afortunadamente, James no viene á reclamar sus derechos de marido que le importan poco, pero sí quiere vender su silencio por cincuenta mil francos, que Aurora le debe entregar en medio de una selva á orillas de un lago á las doce de la noche.

La entrevista de James Conyers y de Aurora tiene dos testigos, el vengativo Stephen Hargrave, y mistress Powel, una institutriz de sentimientos infames.

Aquí principian las grandes peripecias del drama.

Hargrave vuelve la pistola que había robado para acabar con su señora, contra James Conyers, que ha recibido los cincuenta mil francos y le mata; Aurora sabe la muerte verdadera esta vez de su primer marido, lo que la llenaría de gozo, si no fuera porque viene á saber al mismo tiempo que Hargrave y mistress Powel están en posesión de su secreto y van á vengarse de ella, por lo cual huye de su casa dejando á su esposo una carta llena de ternura, y que no es muy propia para consolarle.

Sin embargo, M. Mellish es un marido como hay pocos. Sin duda alguna le duele el casamiento con el jockey, pero abre sus brazos y perdona.

El asesino Hargrave es descubierto; quiere justificarse, y no pudiendo hacerlo huye; pero se escapa por un camino donde los espectros y los fantasmas le salen al frente para echarle en cara su crimen, tanto que aterrado y fuera de sí cae de rodillas, confiesa el asesinato y se entrega á la justicia.

El aparato de los espectros funciona á las mil maravillas. James Conyers con la llaga abierta, tendido en el banco donde fué asesinado, aparece dos ó tres veces acompañado de varias sombras veladas. La ilusión no puede ser más completa, lo que quiere decir, que el terror de los espectadores no puede ser más grande.

Entre los intérpretes del nuevo drama se distingue principalmente Mlle Periga en el papel de protagonista.

Los autores MM. Lambert Thiboust y Bernard Derosnes, han sabido sacar un buen partido de la novela cuyo argumento han trasladado al teatro. Solo en una cosa no han acertado á nuestro juicio, en haber basado el elemento principal de la obra en el descubrimiento del secreto, que no es un secreto para nadie.

De todas maneras, su triunfo es incontestable, y el teatro imperial del Chatelet tiene drama cuando menos para todo este verano.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

Nubes blancas, nubes blancas
Que bogáis por la alta esfera,
¿Sois las mismas en que, niño,
Pijaba mi vista atenta?...

¿Os acordáis?... De los trópicos
En las calurosas siestas,
Sobre el maternal regazo
Apoyaba mi cabeza!

Y en tanto que con mis rizos
Jugaba mi madre tierna,
Yo embebecido os miraba
Atento á vuestra carrera.

Unas veces juguetonas
Cual vírgenes que se besan,
Formando vellón de nieve
Os agrupábais ligeras.

Otras, cual locas hermanas
Que asustadas se dispersan,
Rápidas os separábais
En alas de brisa fresca.

Y mientras alegres todas
En caprichosas revueltas,
Ya blanca torre fingiais,
Ya alimaña gigantesca.

Alguna triste, alejada
De sus locas compañeras,
Pronta á deshacerse en lluvia,
¡Sola viajaba entre penas!

Súbito, en el horizonte
El sol á lejanas tierras
Pronto á partir, deteniase
A aumentar tanta belleza.

Padre cariñoso, á todas
Con esplendidez obsequia,
A esta de nácar la viste,
De gualda y carmin á aquella.

Lentamente el cielo cubre
De la noche sombra densa,
Y yo os sigo en el espacio
Sin distinguíros apenas.

¡Y cuando del hondo sueño
Inerte esclavo ya era,
Entre blanquísimas nubes,
Jugar soñaba con ellas!

.....
.....
¡Nubes blancas, sueños puros
De mis días de inocencia!...
¡Pasad, que en el alma tengo
Nubes muy negras, muy negras!

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

Estudios históricos.

JUICIO CRITICO SOBRE LA HISTORIA DE LAS ALTERACIONES DE ARAGON EN EL REINADO DE FELIPE II, POR EL SEÑOR MARQUES DE PIDAL.

¶ Nadie ignora que entre los vastos conocimientos que constituyen el saber humano, la historia ocupa un lugar preferente, ora se refiera á la parte política ó religiosa de las naciones, ora á la personal de cada uno de los individuos que, por sus hechos gloriosos, por sus descubrimientos en las ciencias y en las artes, ó por sus conocimientos y sanos principios político-administrativos, aplicados á la legislación de un país cualquiera, consiguieron arrancarle a la postración y abatimiento, para

colocarle al nivel de las naciones mas ilustradas y poderosas. La historia es á la vez el estudio que robustece la base del espíritu nacional, y de aquí el que todos los países, sea cualquiere su constitucion política y social, se apropien, con laudable egoismo, los desvelos de sus esclarecidos patriotas, los descubrimientos que mas de una vez trasformaron el espíritu de su época, y los hechos gloriosos que los salvaron del yugo opresivo de un tirano ó de un ambicioso conquistador; hechos que, transmitidos por la historia á las sociedades futuras, así enorgullecen á la nacion que los prohija, como sirven para granjearle en el exterior el respeto y consideracion que se merecen las mas cultas y adelantadas que figuran á la cabeza de la civilizacion. Es pues la historia de los pueblos, no solo la que nos demuestra la filosofia de su existencia, sino la que nos lleva al conocimiento de las condiciones de su manera de ser y de los diferentes sistemas que rigen en cada país.

Pocas naciones, ninguna quizá como nuestra España, ofrecen un cuadro histórico mas fecundo en acontecimientos, que mas se preste á la reflexion del filósofo, ni que presente mas amena variedad en sus brillantes páginas, interesantes desde su mas remoto origen, pues ya en nuestros primitivos tiempos fuimos objeto de la avaricia de poderosos conquistadores, despues sufrimos la invasion de las hordas del Norte, y luego la sarracénica; sucesos que han dado principio á los reinados de restauracion, á través de cuyas interminables guerras se ha resuelto un gran problema social encubierto en las tinieblas del porvenir.

El pueblo en que un puñado de valientes, al abrigo de escabrosas montañas hace sonar el grito de su independencia; el pueblo cuyos hijos continuaron con tal constancia la obra laboriosa de su regeneracion, luchando siete siglos por libertar su patria, y derramando generoso su sangre por romper las cadenas que le oprimen; ese pueblo, llamado estaba á ocupar uno de los primeros puestos en la historia del mundo; y sin detenernos á referir los sucesos que prepararon aquella era de poder y predominio alcanzada por nuestros ascendientes, nos fijaremos en una, que sin disputa, es de las mas notables que registra nuestra historia, y cuyos oscuros y un tanto sombríos acontecimientos quizá no conocemos con toda la exactitud necesaria, para fijar una verdadera opinion y determinar con certeza las causas que los produjeron.

El reinado de Felipe II forma época tan especial en nuestros anales, como el descubrimiento de América puede formarla en la historia de la humanidad. La figura del suspicaz monarca no tan solo se dibuja en todos los actos de su reinado, sino que parece imprimir hasta un carácter especial á la sociedad de aquel tiempo; pero por mas que parezca inverosímil, todavia no ha llegado para él el día de la imparcialidad. Fué para los unos un fanático, un tirano; para los otros el defensor de la Iglesia, el fundador de la autoridad real: quién no ve en él mas que la perfidia representada al través de su tético carácter; quién la prudente severidad de la justicia: cruel y vengativo para aquellos, recto é imparcial para estos. Pero si tan encontradas apreciaciones oscurecen la verdad é impiden que aparezca cual debe presentarse en la historia, esto es, desnuda del espíritu de partido, por lo menos sirven para probarnos que las cualidades de aquel príncipe, buenas ó malas, no han sido juzgadas por el prisma de la imparcialidad, sino á través de los encontrados intereses y opuestas tendencias que luchaban en las grandes cuestiones que tuvieron lugar en su reinado, lucha en que tomaban parte á la vez todas las clases de aquella sociedad.

Si despues de cuanto se ha escrito acerca de este monarca y su reinado, de su carácter y de su época, de su política ora hábil, sagaz y previsora, ora torpe, tiránica y opresiva, anunciamos la aparicion de una obra mas sobre tan debatido argumento, tal vez no falte quien crea que solo se trata de repetir hechos revelados ya por la historia, ó apreciados con determinado criterio. Harto distinto, sin embargo, ha sido el propósito de su autor, y mas elevado el móvil que le impulsó en la difícil tarea con que tan ilustre patricio ha enriquecido nuestro caudal histórico.

Consignar aquí el nombre del marqués de Pidal es suficiente testimonio, de que si la empresa requería fuerzas superiores, el que la ha acometido las tiene sobrado vigorosas para salir de ella con lucimiento y aun con gloria.

Hay hechos en la vida del hombre que son su propia apología, y hechos hay en la historia de los reinados que de tal modo reflejan el espíritu de una época y un sistema político preponderante, que la inteligencia necesita esforzarse muy poco para llegar á su perfecto conocimiento y para penetrar y comprender el sentimiento que imprimía su sello peculiar á la solucion de los negocios. Pero tratándose del reinado de Felipe II, ¿puede admitirse una tesis casi general en la historia de la humanidad? ¿Quién no ve á través de todos sus actos destacarse siempre sombria la figura del astuto y severo monarca, sobreponiéndose á la voluntad de sus ministros y á la opinion de sus consejeros? Forzoso será pues que busquemos en los hechos la oculta razón de los móviles que los determinaban, porque sobre esto hay que convenir en que los criticos de su tiempo ni están muy conformes, ni tal vez lo suficientemente ilustrados, para que sobre sus escritos cimentemos con solidez nuestra opinion imparcial.

Acaso la complicada historia de España no encierra un reinado mas fecundo en acontecimientos, ni mas digno de reflexion y hasta de curiosidad que el que nos ocupa; pero lo cierto es que muchos de ellos han lle-

gado hasta nosotros envueltos en el misterio casi incomprendible que caracterizaba todas las disposiciones del príncipe que los dictaba. Por otra parte, la novela se apoderó á su vez de muchos de aquellos sucesos que tanto se prestaban á su índole, cosa que no poco contribuye á que aun hoy día desconozcamos algunos de los mas interesantes, ó por lo menos carezcamos del criterio suficiente para apreciarlos y juzgarlos. A remediar este mal, á desvanecer tantas dudas, á combatir ciertos errores, y al mismo tiempo á evidenciar ciertas verdades negadas por algunos, hé aquí á lo que tiene la difícil tarea, el impropio trabajo del ilustre marqués de Pidal, en cuya obra, compuesta de tres extensos tomos, no sabemos qué admirar mas, si lo severo y castizo de ese lenguaje que resalta y caracteriza al elocuente orador; si la perseverancia y firme propósito con que se dedicó á desentrañar de nuestros archivos y de los extranjeros documentos oscurecidos é ignorados; si la paciencia y laboriosidad indispensables para coordinarlos y desarrollar el vasto pensamiento de su obra; ó si por último, la sencillez con que nos presenta los hechos, sin disfraz ni comentarios, tal cual aparecen consignados en los documentos auténticos que tuvo á la vista, y tal cual conviene á la exactitud é imparcialidad de la historia.

Las alteraciones de Aragón, que puede decirse resumen la política interior del reinado de Felipe II, forman la base de esta obra, en la que despues de trazar su autor á grandes rasgos el estado general de la monarquía al advenimiento de este príncipe al trono, y despues de una serie de importantes consideraciones acerca del espíritu y carácter de aquella época, empieza por describir lo que entonces era conocido por reino de Aragón, sus poblaciones, costumbres, fueros, etc.; páginas que si no siempre van conformes á la historia foral, son no obstante dignas de elogio y detenido estudio, ya porque dejan traslucir de una manera visible el carácter del rey Felipe, ya porque en mas de una ocasion ofrecen el notable espectáculo de ver al coloso monarca contrariado en sus propósitos, retroceder ante la idea de hollar instituciones sagradas, y sufrir con aparente resignacion, aun contra el parecer de sus mismos consejeros, actos que no podian menos de afectarle, porque así desconcertaban sus fines particulares como lastimaban su amor propio y el principio de autoridad de que tan celoso defensor se mostraba. En medio de tales contrariedades y á pesar de su inmenso poder, se le ve no abandonar nunca la idea oculta en su pensamiento, seguir el curso de los acontecimientos con una calma y prudencia que asombran, y desenvolver una política de sagacidad y templanza, á la que sin duda debe uno de sus calificativos; pues no tienen otra explicacion, por mas que en contrario se diga, los medios persuasivos de que se valía, dirigiendo cartas á las ciudades, villas y universidades, con las cuales procuraba llevar el convencimiento á los alterados ánimos de aquellos pueblos, teniendo especial cuidado en presentar ciertos hechos de tal manera, que ocultando en el fondo el verdadero objeto que convenia á sus fines, apareciesen en la forma revestidos con la autoridad de la justicia, con la fuerza de la razón. Esta cualidad, que puede apreciarse bien en la obra que examinamos, le honra, en nuestra humilde opinion, pues no hay que olvidar que era aquella una época en que el poder absoluto no reconocía límites, y en que no era ciertamente el espíritu de contemplacion el que prevalecía en todas las disposiciones de los monarcas.

Á la vez que estos sucesos, preséntanse á la consideracion del lector otros no menos importantes que curiosos: estos son los que se refieren á dos notables personajes de aquel reinado, Antonio Perez y Juan de Escobedo. En la imposibilidad de examinar y de describir en los estrechos límites de una revista el origen y elevacion del ministro favorito, nos detendremos tan solo en una página sangrienta, tanto por lo que afecta al carácter del rey Felipe, como por las consecuencias y trastornos á que dió lugar.

Por el año de 1577 apareció en Madrid Juan de Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, encargado de una mision diplomática de su amo, y bien fuese por la distinta manera de apreciarse en España los sucesos de Flandes, bien por el desembarazo con que el embajador se permitía hablar del favorito Perez y de la princesa de Evoli, es lo cierto que este trató de oponer á su mision toda clase de entorpecimientos y de predisponer el ánimo del rey para presentarle como sospechoso instrumento de ocultos y ambiciosos proyectos. No era esto muy difícil de conseguir en un carácter de suyo desconfiado cual lo era por naturaleza el del rey Felipe, y al efecto empleáronse toda clase de ardidés para impedir el regreso de Escobedo á Flandes. Estos, sin embargo, llegaron á agotarse, y como por otra parte, Don Juan de Austria no cesaba de reclamar el regreso de su secretario, y este, cansado ya de aguardar se disponía á volver al lado de su amo, necesario fué emplear otros medios, que impidiendo el viaje se prestasen al mismo tiempo á satisfacer un resentimiento de inaudita venganza. Accede Felipe II á los deseos de su favorito, y autorízale para dar muerte á Escobedo, si bien con sigilo y sin que se entendiese de dónde partía el golpe, y ¡cosa horrible y repugnante! pone en ejecucion su intento, convidándole á comer á su propia casa con la confianza de una antigua amistad, en cuyo nombre se le preparaba oculta y traidora muerte, una muerte criminal, dándole el tósigo que debia poner fin á su existencia. La tentativa fué llevada á cabo; los resultados, empero no correspondieron al deseo, pues la bebida no fué de ningun provecho ni efecto. Repitióse segundo con-

vite en casa del mismo Perez, y administrando al convidado nueva dosis de veneno, la incauta victima sintió los efectos, pues vióse obligado á guardar cama, y aprovechando esta favorable coyuntura, sus enemigos, que tan de cerca le acechaban, añadieron nueva dosis de veneno en la olla del inocente enfermo, cuya dolencia se agravó en tales términos, que hizo sospechar el envenenamiento, como en efecto se reconoció al examinar el alimento que aquella contenía. Estas sospechas recayeron en una infeliz esclava de Escobedo, y no fué necesaria otra prueba para que se la ahorcase en una plaza de Madrid.

¡Pero á qué desgarradoras consideraciones no se presta este sangriento suceso! Antonio Perez, autor del asesinato, y Felipe II que consentía en él, como aparece probado por los minuciosos billetes que mediaban entre ambos, por cierto con incomprendible abandono, demuestra la perversidad de que eran susceptibles aquellos corazones henchidos de cinismo, pues la terrible sentencia fué llevada á cabo despues de atormentada la victima, sin que sus lágrimas ni su inocencia excitasen en ellos el menor remordimiento, ni calmasen la ira de que estaban poseidos, como lo prueba el que á los pocos días, y á favor de las tinieblas de la noche, un puñal homicida pusiese fin á la existencia de Escobedo, y realizase el criminal intento del monarca y su ministro.

Grande, profunda fué la sensacion que este asesinato produjo en Madrid, cuyas sospechas recayeron al instante sobre Antonio Perez. Esto, empero, no impidió que continuase en el favor del rey, hasta que sucesos de diversa índole vinieron á eclipsar su estrella. Habíase ya, mucho antes, hablado de los amores del ministro con la princesa de Evoli, y no faltó quien persuadiese al monarca de la realidad de estas relaciones. Con tal convencimiento no tuvo límites el resentimiento que se levantó en su ánimo, al verse vendido y burlado por su predilecto favorito. Cambia de repente la escena, y el 28 de julio de 1579, Antonio Perez, el ministro de mas poder y mayor confianza, y la princesa de Evoli, una de las primeras damas de la aristocracia española, y viuda del príncipe de aquel nombre, Ruy Gomez de Silva, eran reducidos á prision, con escandalo y asombro de toda la corte. Aquí da principio la segunda parte de la vida del célebre ministro, que los estrechos límites de una sencilla revista nos impiden describir, y únicamente lo citamos porque Antonio Perez, fugándose mucho despues de las cárceles de la inquisicion, vino á ser andando el tiempo, el instrumento mas poderoso y quizá el principal agente que dió impulso directivo á las alteraciones y revueltas de Aragón.

Como nuestro objeto no es otro que el de dar á conocer esta preciosa publicacion, y esto creemos haberlo conseguido exponiendo algunos de los hechos mas importantes de ella, cumple, por último, á nuestro propósito, consignar nuestra humilde opinion acerca de esta obra, que por sí sola formaría la celebridad de su autor, si el marqués de Pidal no tuviese ya sobrados títulos para ser una de las reputaciones científicas mas cimentadas de nuestro país. Su solo nombre dice mas que cuantos elogios pudiésemos tributarle, los cuales siempre serian poco para expresar el mérito literario, la manera elegante, lo castizo del lenguaje, cualidades que como hemos dicho, caracterizan entre todas al elocuente orador, á cuya inteligencia rendimos hoy este humilde tributo de gratitud. Reciba por ello el marqués de Pidal el testimonio sincero de nuestra consideracion, y sirva de recompensa á sus desvelos el nuevo título que ha adquirido, recompensa modesta, sí, pero imperecedera, porque graba su nombre en el gran libro de la posteridad.

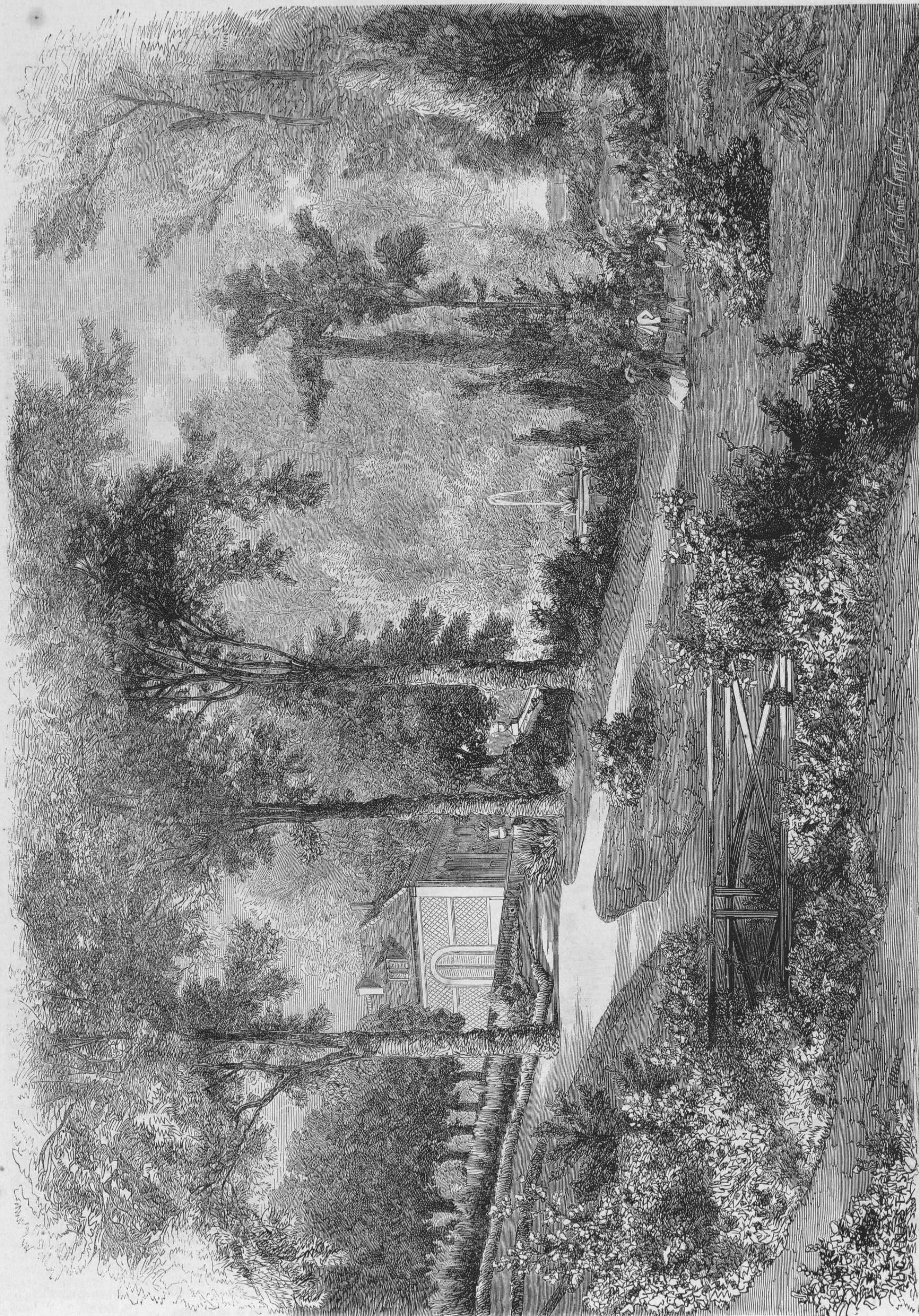
DEMETRIO DELGADO.

Gavarni.

SUS OBRAS Y SU MORADA.

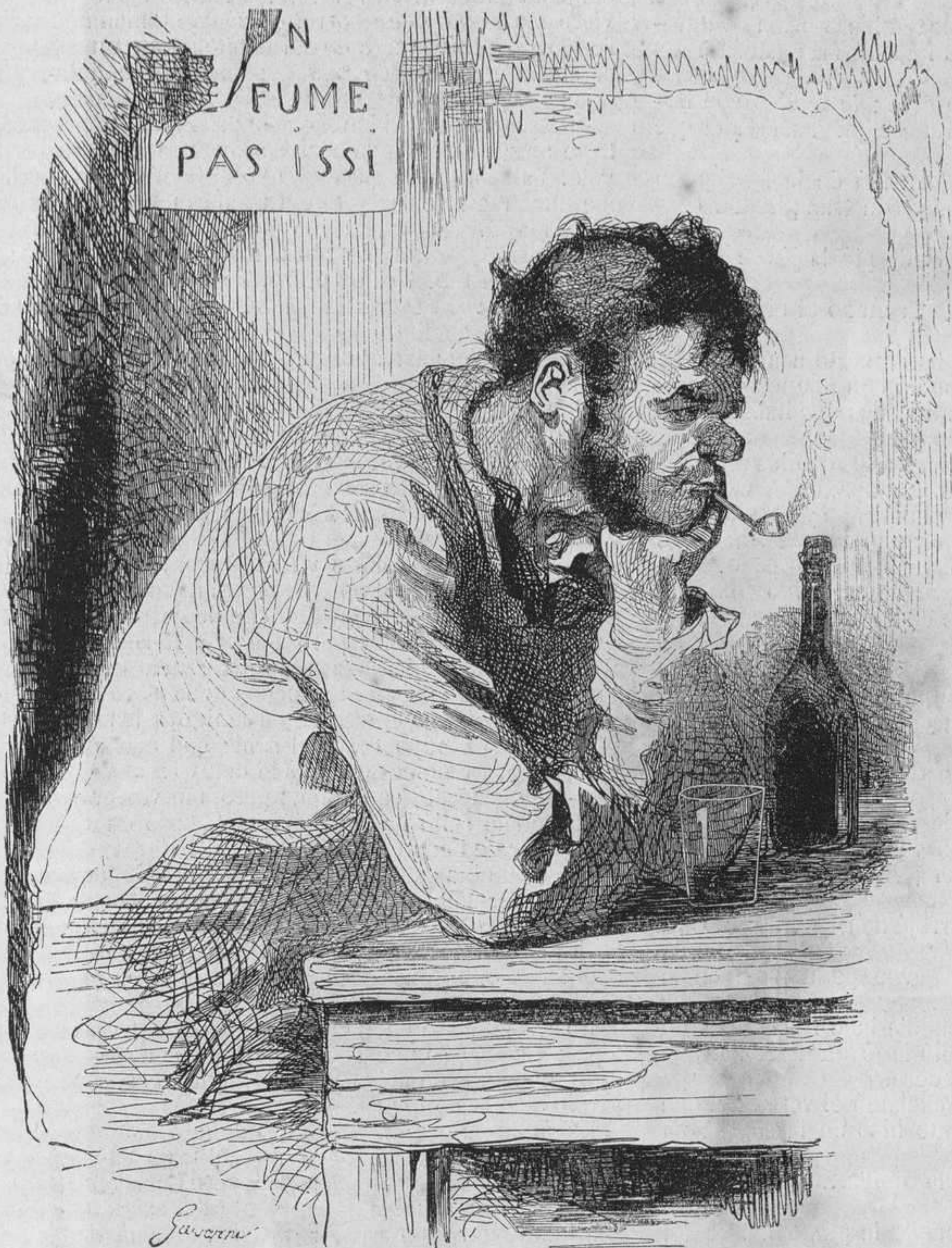
Gavarni, despues de haber creado todo un mundo, un mundo lleno de vida, de gracia y de verdad, como podrán observar nuestros lectores en una de las variadas series que comprende, cuya publicacion comenzamos hoy, los *Fumadores*, quiso descansar y fué á plantar su tienda, quiero decir, su casa, en la preciosa aldea de Auteuil, que ha dejado de ser una aldea desde que un decreto imperial la agregó á París; allí Gavarni dibujó, plantó y creó un jardín célebre. Digo célebre, porque todos los aficionados á plantas raras, á árboles soberbios, á curiosidades exóticas, iban á visitar el jardín de Gavarni para admirarle, como los sabios van á estudiar al Jardín de Plantas. No hay para que añadir que Gavarni estaba orgulloso de su vergel, y cuando se paseaba entre sus flores con las manos en los bolsillos y el cigarro en la boca, no se habria cambiado por un rey. Pero hé aquí que un día, cuando menos lo esperaba, el camino de hierro llama á su puerta. Conocido es en todo el universo el camino de hierro, este señor que no gasta ceremonias, que marcha siempre adelante en derechura, abriendo las colinas, saltando por encima de los valles, y lo que es mas, destrozando palacios y jardines. Hé ahí el motivo porqué damos hoy esa hermosa estampa de Anastasi, que no ha querido que el jardín de Gavarni desapareciese sin dejar memoria. ¡Pobre dibujante! ¿Qué va á ser de él sin ese rinconcillo de tierra plantado por sus manos, y que era todo su consuelo?

P. P.

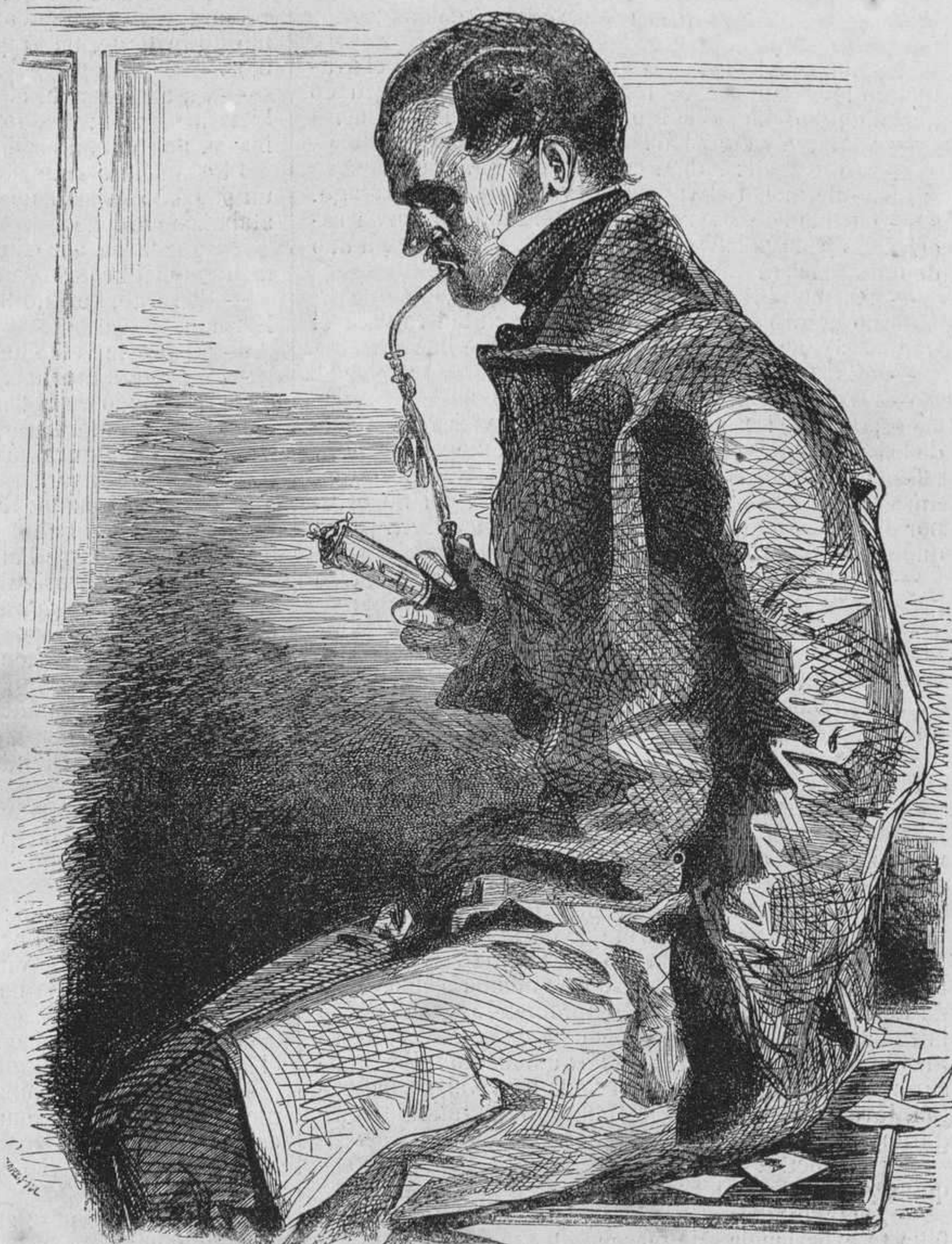


Una vista de la casa de Gavarni.

ESTUDIOS DE FUMADORES, POR GAVARNI. — (1ª série.)



Fumador de taberna.



Fumador belga.



Fumador turco.



Fumador de los Pirineos.

La enamorada recluta.

POR DON B. DEL BARCO.

(Conclusion.)

— ¡Ganados! ¿Qué hay que hacer? preguntó el granadero levantándose de repente con el cuerpo echado adelante, y oscilando sobre sus embriagadas piernas.

— Sentarse y escuchar.

— Eso es fácil: habla, que te escucho.

Llenó de nuevo el vaso, y le vació de un solo trago.

— La mitad de estos ducados, continuó Margarita recalando cada palabra con intencion, pertenecen á uno de nuestros camaradas.

— ¿Su nombre?

— Lo ignoro todavía; pero la otra mitad es para el que me ayude á descubrir el soldado que busco.

— ¿Es alguna apuesta?

— No, es un voto.

— ¡Un voto! eso se queda para las viejas. Los soldados no tenemos esas debilidades. Aunque yo mismo... ¡Toma! ahora que me acuerdo, se me olvidó decir una misa y poner tres velas á Nuestra Señora del Socorro, por el reposo de un pobre diablo que hace poco... ¡Pero qué me importa!

— Has sido injusto, dijo formalmente Margarita; trae grandes desgracias un voto no cumplido.

— ¡Bah! mañana soñaré... Me harás recordar... Cuenta, cuenta esa historia, prorumpió dejando caer entre las manos su cabeza cargada y ardiente de embriaguez. Vamos, Jebus, cuenta; que tu relacion no sea muy larga porque me dormiré... y mejor quisiera ganar los cincuenta ducados.

Margarita le echó una mirada de desprecio.

— ¿Has amado, Herman? ¿Has soñado alguna vez la felicidad de una vida donde dos almas se confunden en una; donde se olvida uno de sí mismo para seguir en el sueño la imagen de quien se ama?

— ¡Qué galimatías haces, Jebus! El amor es una tontería. Tengo mas miedo de él que de la peste.

— Pues bien, camarada, yo no tengo tu experiencia ni tu filosofía; pero te confieso que amaba á una jóven de Lutzen con quien estaba comprometido. Siendo niño la regalaba nidos y la hacia flautas de cañas; pero jamás nos habíamos dicho que nos amábamos; iba á casarme con ella, cuando se presenta un rival, oficial sajón, jóven rico y... tanto le prefiere la familia de Margarita, que me dejó desairado.

— ¡Pobrecito! Le hubiera esperado detrás de una esquina para pegarle un pistoletazo.

— ¿Qué quieres, Herman? ya te he dicho que me falta tu experiencia. Me marché desesperado de la ciudad por el desprecio que me habian hecho; pero vino la terrible noche de Lutzen, y quedé vengado.

— ¿Cómo es eso? preguntó el granadero levantando la cabeza con expresion de curiosidad.

— Al oficial mi adversario le mataron los soldados suecos que sorprendieron la villa. ¡Bendito sea quien me hizo este servicio! Ahora espero obtener sin obstáculo la mano de Margarita.

Herman fijó sus verdes y chispeantes ojos en el grave rostro de Jebus, que mostraba grande indiferencia, aunque su corazón latía con violencia, y le dijo bruscamente:

— ¿Dónde vivía ese oficial?

— En una casita de ladrillo situada en el fondo de un jardín que daba á la calle de Stras á unos veinte pasos del camino.

El granadero se echó á reir, y se levantó sin ocultar su avaricia.

— ¿Das la mitad de esos ducados al que te enseñe al soldado que buscas? le dijo con ronca voz y alargando sus largas manos hacia el bolsillo. Cuenta que pronto me encargo de ponerle á tu presencia.

Margarita sintió correr por su frente un sudor frio; pero dominando su emocion conservaba calma aparente, esforzándose por reir.

— ¿Eres brujo, Herman?

— ¿Das el resto de este tesoro al valiente que te des- embarazó del sajón?

— ¡Ya lo he dicho!

Herman tendió la otra mano.

— ¡Pues bien! ¡dámelo todo, porque me pertenece, porque soy yo!

— ¡La prueba! exclamó Margarita levantándose de repente pálida, la vista extraviada y la boca entreabierta.

El bribon miró con sorpresa á su camarada, y una vaga inquietud le atormentó el corazón enardecido por los vapores del vino: era un bribon cauteloso aunque feroz, que siempre estaba en guardia.

— No te daré una, sino mil, compadre, si estuviéramos solos...

— ¿Solos? ¡y qué importa!

El tuno hizo un gesto de apuntar y de fusilar á un hombre.

— ¡Me importa mucho mi cabeza, Jebus! Si mañana cuentas una palabra de lo que te voy á decir te mato.

Margarita se encogió de hombros y llenó los vasos.

— Voy á ver si es verdad lo que dices, Herman. ¿Cómo entrásteis en el jardín del sajón, y á qué?

— Persiguiendo á una mujer que se refugió en su casa, y por alcanzarla escalamos las tapias.

— Y ¿después? le preguntó ella friamente.

— Después, como queria impedirnos el paso, ¡por mi alma!... le matamos.

— ¿Quién de vosotros le hirió?

— Todos un poco... pero yo le rematé, porque lo habia jurado ante el diablo que me asiste en todas mis empresas. Tenia un retrato al cuello que he vendido para no comprometerme, añadió riéndose el asesino, y en un dedo esta sortija.

Margarita la cogió con mano temblorosa y la contempló un instante, tanto que las lágrimas asomaron á sus ojos.

— Sí, sí, Herman, ahora te creo; le replicó con bulliciosa sonrisa; reconozco esta sortija. Tú eres el que busco, para ti son los ducados.

El granadero estaba sentado, sacó de la faltriquera un pequeño bolsillo de cuero, y con tranquilidad desataba los cordones.

Margarita se aproximó á él: de pié la jóven era lo mismo que el coloso sentado.

— Con este, le dijo llevando la mano al cinturón de Herman.

— ¿Con este valiente sable has muerto á mi rival?

— Y á otros muchos, respondió con altanería el soldado, metiendo en el saco los ducados que habia esparcidos sobre la mesa.

Margarita desvainó el sable, y á los débiles resplandores de la lámpara que parecia apagarse, examinó atentamente la punta. Herman la miraba y se reía. Esta curiosidad infantil adulaba al orgullo del veterano, que á fuerza de matar se habia convertido en asesino.

— ¡Herman! prosiguió Margarita cerrando convulsivamente la mano, ¿enséñame cómo mataste al oficial sajón?

— ¿Parece que te he sacado del corazón una espina, camarada? pero la verdad, me pareces muy vengativo. Yo cuando mato á un hombre, jamás me vuelvo á acordar de él.

— Yo no olvido tan pronto, Herman. La ley del talion me parece muy justa: ojo por ojo, diente por diente, brazo por brazo. Acabas de hacerme un gran servicio, y esos ducados no son mas que una pequeña muestra de mi reconocimiento. ¡Vamos! Dime, ¿cómo mataste al sajón?

— Nada mas sencillo; me arrojé á él, con la mano izquierda le cogí por el pelo.

— Ya comprendo, dijo Margarita poniéndole en la cabeza su mano llena de sudor.

— Le tiré hacia atrás colocándole bajo la rodilla.

— Así, ¿no es verdad? añadió la jóven haciendo con él lo que iba diciendo el granadero.

— ¡Con suavidad, tunante! exclamó el veterano, que me vas á abrir la herida que me hizo en la cabeza un cosaco del...

— Y cuando le tuviste sobre la rodilla... contestó Margarita.

— Entonces le puse en el cuello la punta del sable, respondió el granadero.

— Dime, ¿está bien colocado?...

Y la jóven ejecutaba lo que iba diciendo, tanto que le pinchó un poco.

— ¡Mas alto, demonio! replicó Herman echándose á reir con tal franqueza, que á otro que no fuera la novia de Eurico, hubiera desarmado tanta confianza; pero ella veía delante de sí á la sombra del sajón que dirigia su brazo, oprimía su mano y exaltaba su corazón.

— ¿Y entonces? le preguntó ella.

— Entonces le introduje tres veces el sable en el cuello, y *De profundis!*

— ¡Así morirás tú tambien! gritó Margarita hundiendo el sable en la garganta de Herman.

Una oleada de negra sangre corriendo por la guarnicion del sable vino á manchar la mano de la jóven, que dejando el acero en la herida, dió tres pasos atrás con el cabello erizado. La vision de sus amores habia desaparecido, y el cumplimiento de su venganza la volvia á convertirse en mujer. Tenia miedo por lo que acababa de ejecutar, y temblaba. El granadero vino al suelo llevándose tras de sí la mesa, y los ducados se esparcieron por la estancia.

Al ruido acudieron algunos soldados que al pasar se habian detenido á beber en la taberna, levantaron el cadáver de Herman el *rojo*, y apresando al falso Jebus, le llevaron á la tienda del general Renchild.

Jebus fué condenado á muerte.

Mientras llegaba el día de la ejecucion, le encerraron en un molino viejo que servia de prision.

Esta fatal noticia cundió al instante por el campamento, y Federico Enganilfed fué uno de los primeros que lo supieron, causándole un amargo pesar porque habia concebido por Jebus un afecto extraordinario.

A fuerza de ruegos pudo conseguir con otro soldado que le cambiara la guardia, entrando en la que debia custodiar al prisionero.

Las primeras horas de la noche se las pasaron en silencio los dos amigos.

Federico lloraba en silencio proyectando en su mente disparatadas combinaciones. Margarita parecia absorta en una idea fija. De tiempo en tiempo los escalofrios agitaban su cuerpo, la postracion habia sucedido á la energia viril de su voluntad. Sin quererlo veía en una especie de sueño despierto el ensangrentado cuerpo de Herman que se revolcaba á sus piés.

Aun resonaba en su oído como un eco importuno la última risotada de este desgraciado, y veía su mirada aterradora perseguirla por todas partes.

Entonces se juzgaba á sí misma, preguntándose qué derecho tenia para haberse impuesto la terrible mision de castigar al culpable.

No estaba arrepentida; pero una duda turbaba su espíritu.

Dos veces preguntó con singular agitacion á Federico

si la vida que Dios da al hombre debe ser sagrada para otro excepto en el caso de propia defensa. Si se podia volver mal por mal, sangre por sangre.

Federico, viendo al pobre Jebus pálido, tembloroso, y ocupado sin cesar en lavarse las manos como si las tuviera manchadas de sangre, creyó que tenia miedo; pero lejos de indignarse de tal debilidad en un soldado, se sintió oprimido de una compasion indefinida, y le dijo:

— Escucha, es evidente que la proximidad de la muerte te angustia. Eres demasiado jóven para aborrecer la vida. Ya sabes en lo poco que yo la tengo. Si te pierdo, me haré matar en la primera accion, porque no quiero verte morir.

Margarita, mirándole con admiracion, le contestó:

— Soy un reo, y estoy preso. Te lo advierto.

— Yo no soy tu guardian, Jebus, le replicó en tono de dulce reconvenccion.

— Pues bien: sálvate conmigo; iremos al servicio del ejército ruso.

Ella le queria probar que era semejante proyecto el mas aceptable; pero Federico la replicó con viveza:

— ¡No, no, mil veces no! No quiero pasar por desertor; pero con gusto recibiré en la cabeza una docena de balas por salvar á un amigo, porque eso no me deshonrará.

— Eres muy puntilloso y recto tocante al honor, camarada; pero si yo acepto tu oferta me despreciarás.

— ¿Yo despreciarte? ¿Cómo he de despreciar al niño que ha tenido el valor para matar á Herman el *rojo*? Haré lo que tú quieras. En la inteligencia que me mataré en tu presencia si te quedas aquí, para que no se diga que Federico entregó á su amigo á los verdugos.

Al mismo tiempo cogió el sable con ademan rapido y resuelto. El supuesto Jebus le detuvo:

— Te obedezco, camarada; pero me volverás á ver.

Margarita salió de la prision embozada en el capote de militar de Federico.

Al ser de día este iba á ser fusilado en lugar del asesino de Herman, porque sobre la evasion de este no habia querido dar explicaciones de ningun género.

El rey de Suecia y el general Renchild, atraidos por acontecimiento tan singular, se presentaron en el sitio de la ejecucion.

En el momento en que Federico iba á pagar con la vida un deber de amistad, vieron llegar á todo escape, entre una nube de polvo que levantaba su caballo, á una jóven vestida de negro.

Echó pié á tierra, sonrió al sentenciado, que se habia quedado estupefacto al ver en aquel traje á su camarada Jebus Zorn, y arrodillándose ante Carlos XII, dijo:

— Señor, á la mañana siguiente del saqueo de Lutzen una mujer vino á pedir justicia; aquella mujer soy yo. Vos la contestásteis que no podiais castigar. Ella os juró que si el asesino se escapaba á vuestra justicia, no así á mi venganza. He cumplido aquel juramento. Entré en vuestras filas con el nombre de Jebus Zorn, y sin descansar busqué al matador de mi prometido Eurico. Concluí por encontrarle, y le he matado con el mismo sable, manchado aun con la sangre de Eurico. Habeis prometido ser mi juez; juzgadme.

Carlos XII era tan amante de las acciones heroicas, como odiaba la indisciplina y el robo, mucho mas cuando las heroicidades las hacian las mujeres; así es que tendiendo las manos á la jóven, la respondió con galanteria:

— Levantaos, señora. No imploréis nuestro perdon suplicando, porque si nuestra justicia os ha faltado, no os faltará clemencia, ni á ese loco que con gusto iba á morir por su amigo.

Margarita besó con emocion la mano del rey, y levantándose avanzó hacia Federico que le miraba con tristeza, diciéndole con voz balbuciente:

— Señora, despues de haber jugado con mi credulidad, me dejais sin el amigo que mas queria. He querido á una vision, á un sueño ó á una quimera. Jebus Zorn ni existe ni ha existido. La prometida de Eurico ha sido justa con el *rojo* Herman; pero muy cruel para mí.

Margarita, bajando los ojos, le contestó:

— ¡Camarada Federico! perdóname, he cumplido mi terrible deber. De hoy mas trataremos de olvidar juntos nuestros dolorosos recuerdos. Servid bien al rey de Suecia á quien debemos la vida; pero si algun dia volvéis á Lutzen, encontrareis en Margarita algo mas que un fiel depositario de nuestra amistad.

Los tambores batieron marcha, y Federico Enganilfed tomó el camino del campamento en medio de los hurras de los camaradas que estaban designados para fusilarle, esperando el fin de la campaña con anhelante afán para ser feliz.

Las dos perlas.

I.

Las campanas de las iglesias de Madrid echadas todas á vuelo, anunciaban la fiesta de las rogativas: una numerosa concurrencia circulaba con algazara por las calles por donde debian pasar las procesiones matutinas; corria un ambiente suave y embalsamado por un delicioso olor de primavera, y las ligeras nubes que flotaban en el cielo parecian una gasa blanca puesta para amortiguar los ardientes rayos del sol de España.

A aquella hora aun habia poca gente en el Prado.

Este paseo tan celebrado por los poetas españoles era en aquella época (á mediados del siglo XVII) un extenso parque, cuyos tortuosos bosquecillos llegaban hasta el palacio del Buen Retiro; el olmo y el plátano daban sombra á sus pendientes cubiertas de céspedes y á sus floridos cuadros parecidos á canastillos de flores, y el viento soplabá siempre fresco y perfumado debajo de aquellas inmensas enramadas, testigos de tantas citas de amor. El paseo principal servía de entrada al Buen Retiro, cuyo real sitio con sus construcciones irregulares que dominaban el Prado, y sus altas paredes por encima de las cuales sobresalían las pobladas copas de los castaños que embellecían sus jardines, estaba muy lejos de tener la suntuosa apariencia de un alcázar de los monarcas de ambos hemisferios.

En esta residencia reinaban todavía la magnificencia de Carlos V y las austeras costumbres de Felipe II, sus primitivos fundadores. Una triste y fastidiosa etiqueta presidía á la vida de cuantos la habitaban, dictaba todos los actos de su voluntad, señalaba sus ocupaciones, sus placeres, las personas que le rodeaban, sus inclinaciones y hasta sus amigos. Cuando estaban enfermos, la etiqueta nombraba también el médico y el confesor que debía asistirles, y despues de haberles acompañado desde el bautismo imponiéndoles su yugo durante toda su vida, disponía sus funerales, y les conducía hasta la sepultura que de antemano les tenía preparada. El rey y la reina de España eran los primeros que vivían sometidos á este despótico poder. La vida de un convento era menos triste y menos monótona que aquella vida llena de esplendor y de engañoso brillo; el tosco sayal y la negra toca del carmelita no imponían tantas obligaciones ni tantos deberes minuciosos como aquella corona cerrada engastada en diamantes y perlas de las dos Indias.

Algunas mujeres cubiertas con mantos negros y acompañadas de un escudero, y varios caballeros embozados en sus anchas capas, atravesaban lentamente los sitios por donde debía pasar la procesion. Segun la antigua costumbre, el obispo de Madrid y el cabildo real de San Isidro iban el día de las rogativas á bendecir los frutos de la tierra á los jardines del Buen Retiro. Solicitábase con instancia, y difícilmente se conseguía el honor de acompañar al clero con la cabeza descubierta y un cirio en la mano; las puertas de aquel real palacio solo estaban abiertas comunmente para los grandes de España, á quienes llamaban las funciones de sus respectivos empleos.

Apenas dieron las nueve en el gran reloj de palacio, cuando asomó la procesion á la entrada del paseo, inmediatamente se abrieron las puertas, la guardia walona tomó las armas, y empezaron á repicar las campanas de la capilla. El catolicismo, que celebra con tanta pompa sus fiestas en España, desplegaba una magnífica sencillez en la de las rogativas; allí no se veían cirios ni palmas llenas de lazos de plata; tampoco había preciosos altares llevados en hombros de robustos levitas, ni ricos pendones, ni escudos de armas; el incienso y las flores eran las únicas ofrendas. Abrian la marcha los diáconos y sochantres con sus anchas sobrepellices blancas: seguían los canónigos de San Isidro con sus togas de tafetan de color de carmesí y puesto en la cabeza el birrete verde; en seguida iba el obispo de Madrid que llevaba los ornamentos blancos; sobre su alba de encaje llevaba una casulla de raso de Indias; la mitra era de tela de plata, cinco perlas blancas formaban su cruz pectoral, su báculo estaba esmaltado de blanco y de plata; y su anillo pastoral solo estaba adornado de un purísimo diamante montado en oro mate. En pos del prelado marchaban algunos caballeros vestidos de negro con una vela en la mano. La voz de los sochantres y los graves sonidos del bajo resonaban con mas solemnidad en aquellos lugares sombríos; hubiérase dicho que aquella era una de las fiestas que celebraba en los tiempos la primitiva Iglesia cuando estaban todavía en pie los templos de los dioses de la antigüedad.

Habíanse reunido algunos curiosos delante del palacio, cuyareja principal acababan de abrir. Al extremo del primer vestibulo se veía el patio de honor, y un poco mas allá se distinguía otro vestibulo cuyas puertas daban á los jardines interiores.

Un caballero que se había adelantado algunos pasos á la procesion, luego que esta hubo entrado en el Prado, fué á colocarse delante de todos los curiosos, cuyas miradas se dirigían á lo interior del Buen Retiro. Era un hombre de unos treinta años, de alta estatura y de noble porte. Su capa, bordada con una trencilla de galon de oro, dejaba entrever un jubon de paño de seda negro, en cuyo lado izquierdo estaba bordada la cruz roja de Calatrava; y un sombrero de anchas alas adornado con un lazo de esmeraldas que encubría sus facciones severas y regulares. A pesar de que llevaba en el pecho las insignias de una de las cuatro órdenes militares y religiosas del reino de España, la fresca blancura de su tez y su rubia cabellera indicaban á primera vista que aquel caballero no era español, y si descendiente de alguna de las razas del Norte, cuya sangre jamás se mezcló con la de los árabes.

Levantó al momento la vista hácia las ventanas de palacio; en seguida se adelantó algunos pasos mas, y se colocó á la entrada del vestibulo, delante de la puerta que guardaban centinelas con relucientes alabardas.

Entre tanto llegó la procesion que pasó lentamente por entre las dos hileras de espectadores que se arrodillaron para recibir la bendicion pastoral del obispo. El caballero se había arrodillado también, pero volvióse á levantar en el momento en que acababan de entrar los que habían obtenido la gracia de acompañar al prela-

do; una especie de combinacion instintiva le hizo andar adelante, y empezó á caminar sin estar muy seguro de lo que iba á hacer ni de lo que respondería si le detenían en el tránsito: llevando el sombrero bajo atravesó los umbrales con ademán fiero é impasible, y apenas pasó cayeron cruzadas á sus espaldas las dos alabardas de los centinelas; ya había entrado, pero semejante temeridad podía costarle la vida.

II.

Al cabo de una hora empezaron los tambores á tocar marcha, y cien hombres del regimiento de Chamberga se pusieron sobre las armas; la reina regente Maria Ana de Austria salía del Buen Retiro para ir á concluir una novena á Nuestra Señora de Atocha. La etiqueta había señalado el vestido que llevaría la reina, el camino que había de seguir, las damas que la habían de acompañar, y el número de coches que irían de respeto. Esta soberana, cuyo cetro se extendía á las cuatro partes del mundo, no tenía siquiera la facultad de mandar sentar cerca de sí alguna persona que la hiciese compañía durante el camino.

Luego que la real comitiva hubo desaparecido al fin de la calle de árboles que formaba la entrada del palacio, quedó este al parecer el mayor silencio. De vez en cuando salía un ligero rumor de la sala de guardias walonas, que era lo único que alteraba el silencio de las vastas habitaciones por donde solo pasaban como sombras algunas damas de servicio. Oíase fuera el canto de las aves bajo aquellas sombrías arboledas del Prado, á cuyo pié parecía venir á apagarse el movimiento y el estrépito de la gran ciudad de Madrid. Todavía era mayor el silencio y soledad que reinaban en los jardines de palacio; sus ricos cuadros de verdura, sus bosquecillos irregulares y sus variadas plantas estaban embalsamados con los suaves perfumes de mayo; bajo las anchas hojas del castaño susurraba una brisa ardiente que sembraba sobre los céspedes los blancos racimos de la acacia.

Mas allá del cuadro principal del jardín y debajo de un emparado formado de pasionarias y rosas de Gueldres se oían salir algunas voces de mujer; de vez en cuando se oían también los vagos lamentos de un niño, y alguna que otra cancion monótona como para adormecerle. Varias damas sentadas en cojines puestos en el suelo se hallaban descansando, resguardadas del calor por aquellas frondosidades sombrías sembradas de tantas flores: todas ellas formaban un círculo en cuyo centro probaba á tenerse de pié un niño de cuatro ó cinco años, y una jóven dama arrodillada cerca de él le sostenía por medio de unos andadores de seda que no soltaba de las manos.

Aquella pobre criatura tenía un aspecto triste y enfermizo; su tez blanca y livida, y su boca blanca y entreabierta atestiguaban sus continuos padecimientos; su cuerpo enflaquecido parecía hundido en los inmensos pliegues de una mantilla de raso azul, y su frente estaba sepultada en un capillo guarnecido de encajes de Flandes.

Algo apartada de allí y oculta bajo las hojas de una adelfa, se hallaba leyendo una jóven de unos quince ó diez y seis años; su talle endeble era todavía de niña; pero sus facciones y la expresion de su fisonomía anunciaban una de aquellas naturalezas precoces que no conocen adolescencia. Sus cabellos, de un color rubio ceniciento, estaban recogidos en un pequeño casquete de terciopelo negro; sobre su saya de tafetan blanco llevaba puesto un faldellin de damasco de color de violeta y de manga corta; por lo demás, no llevaba mas joyas que dos riquísimas perlas que la servían de pendientes. Aquel niño era el rey de España Carlos II, y la jóven era su hermana, la infanta Doña Margarita de Austria, esposa prometida del emperador Leopoldo.

— Doña Serafina, dijo una de las damas á la niñera que tenía los andadores del rey Carlos II, doña Serafina, adelantaos algo hácia esta parte, me parece que le incomoda el sol á S. M.

— ¡Virgen santa! no habéis tan alto, doña Catalina; mirad que nuestro doctor don Antonio va á mandarnos volver inmediatamente.

— Ya se guardará él de hacer tal cosa, replicó una de las camaristas de la infanta abriendo un pequeño parasol tan ingeniosamente trabajado, que cuando estaba doblado representaba un ave; el doctor quiere absolutamente que se cumpla lo que manda, y está mañana ha prescrito á S. M. un paseo de dos horas despues del desayuno.

— Sí, el desayuno que le ha recetado él. ¡Dios nos asista! por poco que dure la enfermedad del rey, el boticario maese Bartolomé Dueñas llegará á ocupar la plaza de maestre-sala de S. M... Despacio, doña Serafina; mirad que S. M. se va á caer si aflojais tanto los andadores.

La niñera se arrolló al brazo el grueso cordon de seda, y arrodillándose delante del rey niño, que lloraba y alborotaba á mas no poder, empezó á decirle: V. M. no puede andar solo, y el otro día estuvo para caerse; si ocurriera semejante desgracia, Dios sabe lo que sucedería: además, es menester que V. M. no se canse, pues mañana da audiencia á los embajadores, y es indispensable que al menos pueda tenerse de pié.

El rey se puso á llorar tan fuerte que cortó la palabra á la niñera; trataron en vano de acallarle, acudieron la segunda aya, el ama de cria y todas las damas de servicio, y por último, llegó el médico que nunca se alejaba de allí.

— No es nada, dijo tomando gravemente el pulso al pequeño rey, cuya cara se animó por un momento, pero a poco volvió á ponerse tan pálida y descolorida como antes; no es nada, no; S. M. tiene que dar un paseo de tres cuartos de hora por la calle principal del jardín.

Levantáronse las damas, la segunda aya tomó en brazos al rey, y algunos criados de a pié que se mantenían á cierta distancia, acudieron á trasladar las alfombras y los cojines. La niñera y el ama de cria desdoblaron una especie de dosel debajo del cual empezó á andar el aya acompañada del médico; ambos podían contener apenas al pobre reyezuelo, que disgustado de aquel paseo lloraba, ponía cada grito en el cielo, y quería absolutamente andar por sí.

Entre tanto, la camarista se había acercado á la infanta.

— Señora, le dijo, venga V. A. al paseo principal: así lo ha dispuesto, como sabe, el médico don Antonio. Por cierto que no lo previno en español muy castizo... ¡Maldito catalán!

La princesa sonriéndose le hizo seña con el dedo de que callase y se pusiera junto á ella, ambas se acurrucaron bajo las espesas ramas de la adelfa, y al través de las hojas vieron alejarse á todas las damas; por una distraccion inaudita se las habían dejado olvidadas.

Levantóse entonces la princesa, dió lentamente una vuelta por el emparado apoyada en la camarista, y exclamó:

— No ha quedado nadie... ya estamos solas, y puedo sentarme en este césped sin que nadie me vea... Rita, ¡qué bien se está aquí!...

Por la primera vez de su vida sus ojos no veían á nadie á una distancia de cincuenta pasos en contorno; aquella soledad desusada causó en ella cierta sensacion de alegría y de temor á la vez; no hacía mas que abrazar á la camarista, que también casi estaba temblando diciéndola: — Rita, ¡estamos solas!... Acabóse por último de tranquilizar y se sentó sobre la verde yerba. A sus espaldas crecía un rosal de Gueldres que extendía sus ramas flexibles, á cuyo extremo colgaban flores blancas como la nieve que esparcían sus perfumes en derredor de la princesa. Cogió esta una rosa, y dijo llena de melancolía:

(Se continuará.)

Proyecto de monumento

QUE SERA ELEVADO POR SUSCRICION EN LA PLAZA DE VICTOR MANUEL II, EN TURIN.

La idea que preside á la ereccion de este monumento es la de representar los hechos políticos en cuya virtud el conde de Cavour ha logrado reconstituir la Italia.

En los cuatro ángulos y en la base deben figurar los cuatro tipos de soldados que mas han contribuido á la formacion de este reino: cuatro bajo-relieves reproducirán los hechos importantes que han producido esa gran renovacion, á saber: la participacion del ejército piemontés en la guerra de Oriente, el congreso de Paris, la alianza con la Francia contra el Austria, y la aclamacion de Victor Manuel en el parlamento como rey de Italia.

Las estatuas que se verán encima representarán las diferentes provincias anexadas, dándose la mano en señal de alianza y de fraternidad.

La estatua del conde de Cavour coronará el monumento; vestirá el traje de presidente del consejo, y tendrá en la mano el mapa de Italia.

La altura total del monumento será de diez y seis metros, cuatro de ellos para la estatua del conde de Cavour.

Toda la base será de mármol color de rosa, y la parte circular de mármol blanco. La estatua y los bajo-relieves serán de bronce verde antiguo.

El coste se calcula en 500,000 francos. P. P.

Exposicion hortícola en Lila.

Mientras tenía efecto el concurso regional agrícola en Lila, había en la misma ciudad una exposicion hortícola de las mas brillantes.

¡Qué desgracia que la fotografia no pueda expresar ni el perfume ni el colorido de las hermosas flores que tantos ojos admiraban hace ocho días, y que hoy están mustias ó pasadas ya! M. Danel, uno de esos artistas impresores que rivalizan con los primeros de Paris, había prestado para esta exposicion la nueva casa que hace edificar en la calle Nueva. Delante se extienden los squares de Lila que también se ha embellecido y ensanchado, pues aunque ha pensado tarde en las cosas de lujo, la gran ciudad del Norte de la Francia ha sabido desquitarse del tiempo perdido.

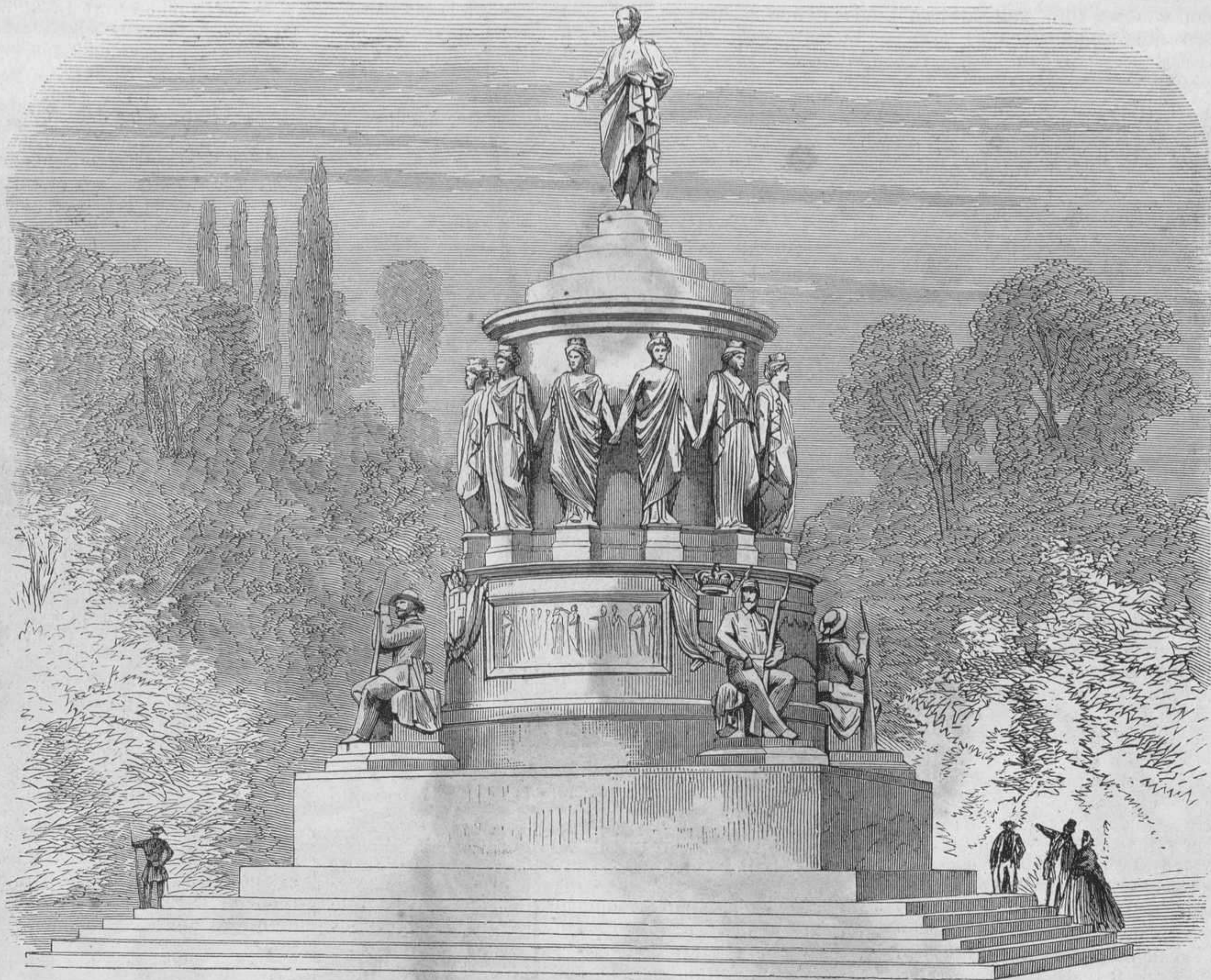
Despues del congreso, ó mejor dicho, durante el congreso y antes del magnifico banquete de cuatrocientos cubiertos que reunía por la tarde con las notabilidades de la ciudad á los laureados del concurso, se había organizado á beneficio de los pobres una cabalgata histórica, que se componía de mil jineteres, cada uno con un traje histórico oficial. De esta manera resucitaron en carne y en hueso los anales de Lila, desde su nacimiento hasta el año de gracia de 1863; el presente daba la

mano al pasado, y los hombres de hoy aprendían mediante ese espectáculo de beneficencia, á querer mas á un pais que no olvida nada, á un pais que es grande á la vez por el patriotismo, por la agricultura y por la industria. F. C.

Tumbas

DE LOS ASSINIBOINS.

El territorio de los Assiniboins se extiende en las cercanías del fuerte Union, uno de los puestos mas importantes de la compañía de las Pieles. Estos assiniboins son verdaderos dacotas ó sioux, que se han separado de estos últimos hace largo tiempo. Ascenden al número de veinte mil, y de ellos apenas se cuentan siete mil guerreros. En su traje, sus usos y costumbres, no se diferencian de un modo notable de las otras tribus. Como estas, creen en la vida futura y piensan que los muertos van á un pais situado al Mediodía, donde los buenos y los

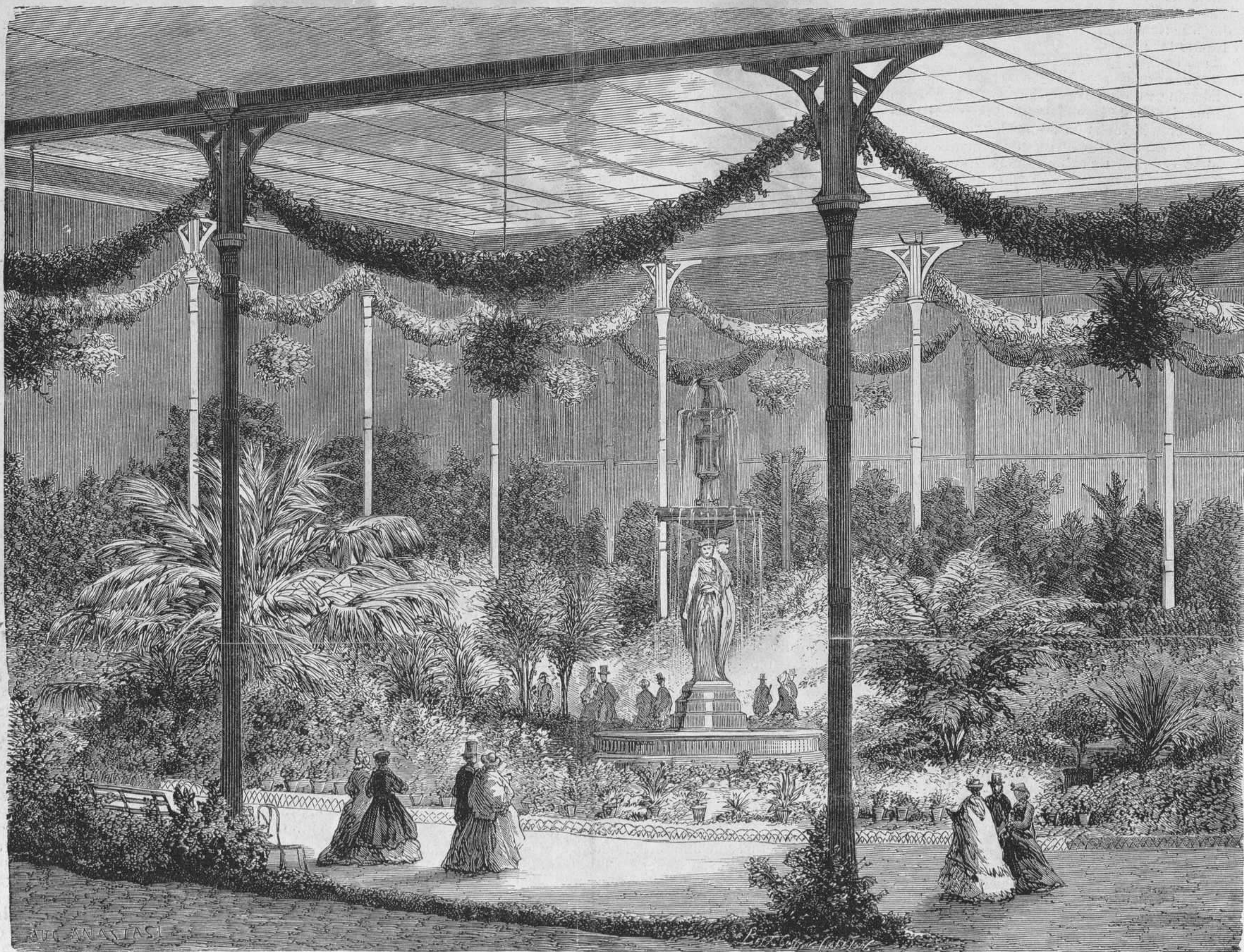


Proyecto de monumento en Turin á la memoria del conde de Cavour.

valientes encuentran mujeres y ganados en abundancia, en tanto que los malvados y los cobardes van á parar á una isla en la que están privados de todos los goces de la vida.

Los assiniboins tienen dos maneras de dar sepultura á sus muertos. A los valientes les dejan lisa y llanamente en el suelo, en razon á que como ellos dicen, sabrán hacer lo que mas les convenga, lo que no impide que sean devorados por los lobos, aunque para preservarlos los cubren de leña y de piedras.

En cuanto á los demás cuerpos, los colocan ordinariamente sobre los árboles ó en andamios. Con frecuencia se encuentran estas sepulturas aéreas, donde se suelen ver hasta cuatro cuerpos reunidos en un mismo árbol, y envueltos en una piel de bisonte. La lluvia y el contacto del aire blanquean estos despojos. Al pié del árbol hay lobos que aullan esperando que caiga algo del cielo. Dicen los viajeros que hay un contraste



Vista interior de la Exposicion de horticultura en Lila.

singular entre el aspecto de esa hermosa y rica naturaleza y el de los cadáveres en descomposición cuyos restos esperan las fieras del bosque.

Nada iguala al esplendor de estos frondosos bosques donde los pájaros de vistoso plumaje hacen oír sus con-

tínuos conciertos. Todo es fresca y misterio, la vida palpita en esas enramadas, en esas flores soberbias, en esas altas yerbas, en esa verdura universal. El paraíso terrestre no ofrecería un espectáculo mas asombroso, y se comprende toda la impresión que debe producir en

esas vastas soledades el inesperado encuentro de esos muertos aéreos columpiados por la brisa entre tierra y cielo. El artista á quien debemos este hermoso grabado, M. Bodmer, ha querido sobre todo reproducir la majestad de esa ostentosa naturaleza. P. P.



Sepulturas de indios assiniboins (América del Norte).

Don Francisco Acuña de Figueroa.

(Conclusion.)

El tierno *loco* en las mesas
Es dulce plato, y merece
Que entre él y la *mazamorra*
Indeciso el lauro quede.

Mas las sabrosas *humitas*
Que en su hoja misma se envuelven,
Do quier con razon se ostentan
Cual digno manjar de reyes.

En fin, el pastel de choclo
Altos aplausos obtiene,
Sirviendo su misma *chala*
De limpio mantel y fuente.

Así el maíz ó choclo esclarecido,
Al trigo en alto mérito se iguala,
Y en su doble acepcion ha merecido
El honor con que el mundo le señala.
Hay poetas que á Ceres han fingido
Coronada de choclos por gran gala;
Su gloria es merecida; yo por tanto
Al dignísimo choclo como y canto.

La *Filipica á una vieja casquivana y ridicula* es semejante á ciertas poesías de Jovellanos y Moratin.

Entre los numerosos epigramas de Figueroa, hay algunos que tienen la malicia y la crudeza de Quevedo. El mas benigno es el dedicado *A la mujer del ministro*, que es así:

Un nuevo ministro un dia
Fué á un besamano invitado,
Y la mujer á su lado
Acompañarle queria.

Vos no podeis ir allá,
Dijole un quidam juicioso,
Pues si asiste vuestro esposo,
Como hombre público va.

Pues bien, ella contestó,
Estamos en un nivel;
Y si hombre público es él,
Mujer pública soy yo.

En 1843 los literatos españoles residentes en Paris obsequiaron con un espléndido banquete al ilustre Florencio Varela. A los postres, se exigió de don Ventura de la Vega que hiciese un soneto á *Leonidas en las Termópilas*, dándole catorce finales que abajo se verán. Este poeta argentino cumplió el mismo dia su encargo. Varela ofreció que Figueroa no seria menos feliz que Ventura de la Vega; y al regresar á las tierras del Plata, puso en contribucion la musa del poeta oriental, quien hizo en el mismo dia dos sonetos, uno á Leonidas, otro á una *Maja y á su chulo*, conservando siempre las mismas terminaciones obligadas. De ellos transcribiremos el primero:

Bajo de las Termópilas gran *chacho*
Gritaba Jerjes desde su alto *coche*
Al griego que matando á *trochemoche*
Le iba haciendo su ejército *gaspacho*:

Viendo su ruina, de furor *borracho*,
Manda asaltar la altura al ser de *noche*,
Y empieza de cabezas el *desmoche*
Sin perdonarse al viejo ni al *muchacho*.

Unos mueren de dardo, otros de *chucho*;
Preciso era tener sangre de *chicha*,
Y era el tal Jerjes general *machucho*.

Al fin los espartacos pierden *ficha*,
Y Leonidas, sangriento *cucurucho*,
Queda allí con su gente hecho *salchicha*.

El canto al vencedor de Rosas revela los sentimientos del autor, pero carece de fuego; no tiene la filiacion del *Himno nacional del Uruguay*. A Figueroa en esa vez no le animó el espíritu de Tirteo. No sabemos que Figueroa alzase como Mármol su canto inspirado cuando la tiranía perseguía de muerte á los honrados ciudadanos. Lo mas valiente que hemos encontrado en esa poesía, es lo que vamos á transcribir:

Vistiendo Buenos Aires triste luto
Veinte años ha bebido amargo lloro;
Que en sus fieros instintos aquel bruto
Pedia sin saciarse sangre y oro:
Ya cesó, noble pueblo, aquel tributo;
Huyó el vil minotauro sin decoro,
Y tus hondas heridas cicatriza
Con su ejército aliado el grande Urquiza.

¿Qué se hizo el tirano
Que en sangre se hartaba,
Que torpe insultaba
Al mundo y á Dios?
Huyó cual villano
Con viles sayones;
Y mil maldiciones
Le siguen en pos.

Hé allí el invencible
Ejército aliado,
Dios mismo ha legado
Sus rayos en él.
Triunfante y terrible
Levanta su espada,
Y ante él se anonada
El monstruo cruel.

Al hórrido estruendo
Su ruina presente,
Y deja á su gente
Perdida en la accion;
Arrástrase huyendo
Cual vil cocodrilo,
Prestándole asilo
Las naves de Albion.

Sicarios serviles
De nombre nefando,
Sus robos llevando,
Huyeron con él.
De monstruos tan viles
La turba villana
Deshonra y profana
Al regio bajel.

Infamia al ingrato
Sin alma ni brio;
Su imagen, Dios mio,
Manchaba tu altar.
¡Abajo el retrato
Del idolo infame!
Y en la horca reclame
Su digno lugar.

¡La nave que impura
Le esconde en su seno
Que tiemble del trueno
Del Dios vengador!
Ya el Plata murmura,
Y el golfo se agita,
La carga maldita
Los pone en furor.

La *Madre africana* es una composicion que en estrechos cuadros encierra todo un drama. ¡Cuan sencilla y noblemente expresados están los sentimientos de la mujer que se ve privada de su esposo y de sus hijos por el infame pirata, traficante de carne humana! ¡Cuan bello aquel arranque:

¡Llévame, vil, y en servidumbre muera
Con mis prendas amadas!

¡Cuan sublime el movimiento de la desesperada madre y esposa, al reflexionar que es en vano que trata de enternecer á quien solo tributa culto al vil metal!

... Mas ¡ay triste!
Que no esperó ablandar tu pecho duro
Con lamentos prolijos:
¡Tú no sientes amor, no tienes hijos!

Pero preciso se hace transcribir tan hermosa poesia:

¡Y así, cruel pirata, así te alejas
Robándome tirano

Los hijos y el esposo? ¡así inhumano
En desamparo y en dolor me dejas?
¡Ay, vuelve, vuelve! en mi infeliz cabaña,
Sin consuelo y sin vida,
Ve cuál me dejas como débil caña
Del huracan violento combatida.

¡Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste!

¡Llévame vil, y en servidumbre muera
Con mis prendas amadas; mas ¡ay triste!

Que no espero ablandar tu pecho duro
Con lamentos prolijos:

¡Tú no sientes amor, no tienes hijos!
¿Y es posible que el sol que entre zafros
Ostenta esa bandera

Llegue á esta playa por la vez primera
A presenciar tu infamia y mis suspiros?

¡Oh, globo celestial, que esplendoroso
Dominas en las cumbres,
Oscurece tu luz y al monstruo odioso
Solo sangriento y con horror alumbres!

Mas ¡ay, qué nueva pena
Ya descubren mis ojos!

La azagaya y el arco que en la arena
Del asalto feróz fueron despojos.
¡Inocente consorte! ¡Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar *libertad*... y hacer *esclavos*!

De esta suerte la mísera africana
Se queja inútilmente,
Mientras la nave apresta indiferente
El traficante cruel de carne humana;
Y truena el bronce, y su clamor repite,

Que el clamor la consuela;
Mas el *Aguila* en hombros de Anfitrite
Suelta las alas, y al estruendo vuela.

Al punto encadenados
Los cautivos se miran,
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad; y ellos suspiran,
Mientras que la infeliz desde la peña
Se arroja y da un lamento
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

Las traducciones y paráfrasis que Figueroa hizo de los salmos é himnos biblicos, tienen igual acierto, si no mayor, que el de los trabajos tan celebrados de Olavide, Valdés, Viriós. La paráfrasis de las Lamentaciones de Jeremias está llena de bellezas poéticas, demuestra profundo conocimiento de la lengua latina, estudio detenido de los Libros santos y suma piedad. Los versos son de una armonía y correccion cabales. Algunas de esas estrofas las hubieran prohibido Rioja, Herrera ó Quintana. Véamos algunos cuadros:

I.

¿Cómo es que sollozando sin consuelos,
Por la angustia abatida,
Yace así solitaria, y por los suelos
La opulenta ciudad de pueblo henchida?
Cual viuda en su dolor desamparada,
Hoy bebiendo aficciones,
Sin diadema se mira y despojada
La señora feudal de las naciones;
Destronada princesa
Paga tributos, y se arrastra opresa.

II.

En triste noche su ansiedad acrece,
Y desvelada llora,
Y al asomar la aurora
El llanto en sus megillas permanece.
Nadie de los que amaba en su grandeza
La viene á consolar en dolor tanto,
Mas con torpe vileza
Sus amigos desprecian su quebranto;
Y ya enemigos de ella
Se burlan sin piedad de su querrela.

V.

Para colmo de afrontas y sonrojos,
Sus contrarios en amos se erigieron,
Y en sus ricos despojos,
Saciando su ambicion, se enriquecieron.
Porque el Señor sobre ella ha fulminado
Su anatema por tantas impiedades;
Y hoy sus iniquidades
Hasta los parvulillos han pagado,
Llevados sin clemencia
Del adusto opresor á la presencia.

VIII.

Pecó Jerusalem con gran pecado;
Su error fué tan enorme como ciego;
Así en mísero estado
Divaga errante sin hallar sosiego.
Todos los que ensalzaban su grandeza,
Que su gloria aclamaron,
Luego al ver su ignominia, con dureza,
Con ingrato desden la despreciaron;
Y la desventurada
Vuelve el rostro, gimiendo avergonzada.

XII.

Oh vosotros que en torno
Pasais por los caminos,
Mirad bien, y decidme
Si hay dolor comparable al dolor mio.
Porque me ha destrozado
El Señor en castigo,
Segun habló en el dia
De la ira de su enojo vengativo.

XV.

Arrancó de mí á todos
Mis preclaros caudillos,
Y para aniquilarlos
Llamó al tiempo veloz en daño mio.
Como en lagar inmenso
Les pisó el Señor mismo,
Para la hija rebelde
Doncella de Judá justo castigo.

XVII.

Tendió Sion sus manos,
Mas nadie le dió auxilio,
Que el Señor en contorno
Envío contra Jacob sus enemigos.
Jerusalem ante ellos

Objeto de ludibrio
Le halla cual vil manceba
Manchada con su inmundo desaliño.

XXII.

Ten presente en tus iras
Su proceder inicuo;
Vendímalos como hora
Me vendimiaste á mí por mis delitos.
Muchos son, y me ahogan
Mis dolientes gemidos;
Y el corazon fallece
En profunda tristeza sumergido.

En 1857, Montevideo se vió diezmada por dos terribles azotes, — el tífus y la fiebre amarilla: el poeta Figueroa publicó entonces una sentida poesía bajo el título de *Gemidos de dolor*. — A Montevideo en amargura, precedida con suma propiedad del versículo 10, capítulo LIV de Isaías. Todo es admirable en esa composición: el cuadro de desolacion que presenta la ciudad, la descripción de las escenas tristísimas que tienen lugar, pues la terrible epidemia no respeta al anciano ni á la virgen, al sacerdote ni al alto funcionario, á la digna matrona ni al laborioso obrero. Pero en medio de tamaña calamidad y de tan luctuosos episodios, hay verdaderos cristianos que con santa abnegacion se dedican á cuidar de los enfermos, á dar auxilios al moribundo, y esto sin temor del contagio. En medio de tan nobles criaturas figuran en primer término las santas hermanas, que han aceptado la heroica mision de tomar para ellas las fatigas y los peligros en todas las latitudes y sin distincion de raza ni nacionalidad, para consolar y servir á la humanidad doliente. Pero tambien allí, por un chocante contraste, se ve al avaro, al egoísta que por salvarse y salvar sus tesoros deja abandonados hijos, esposa y madre. Para aquellos vienen las alabanzas del poeta, en magníficas palabras que expresan altas ideas. Para el otro, el vate alza la voz indignada y lanza su terrible anatema. La conclusion es digna del principio de la pieza, pues termina dando gracias al cielo que al fin se apiadó de la ciudad sometida á tan ruda prueba.

Es de sentirse que en tan notable poesía se hallen las estrofas sétima y octava, que, en nuestro humilde juicio, son de mal gusto. Habiéndose mostrado el poeta sencillo y sublime á la vez, expresándose en un lenguaje elevado y digno del asunto que se propuso tratar, viene á romper la armonía imponente de esa serie de pensamientos grandes, de ideas justas, de imágenes escogidas, de reflexiones cristianas, de cuadros conmovedores, — aquella leyenda del *Pájaro agorero*, que, según el *supersticioso vulgo*, se cernía anunciando con gutural gorgojo calamidades para la infeliz Montevideo. Ciertamente que muchos poetas líricos antiguos y modernos, y de los mejores, han empleado semejantes accesorios; pero hoy se reconoce que todo eso produce mal efecto. La poesía es muy larga, y nos limitaremos á transcribir algunas estrofas tomadas sin orden:

Ceñida del espanto y devorada
Por la peste insaciable, ¡cuál te veo,
Triste Montevideo!
Huérfana sin amparo, desolada,
En fiero trance y bárbara agonía,
Luchando con la muerte noche y día.
Reina del Uruguay, joya de Oriente,
Rica en salubridad y donosura,
Prosperabas segura
En tu eden delicioso; mas repente,
Cual recia tempestad, un torbellino
De la divina indignacion nos vino.
Del muelle, de la dársena en contorno
Nebulosa la atmósfera y palpable
Como el vapor de un horno
Se exhala, con estrago formidable;
Y de sus miasmas deletéreos llena,
Los pulmones asfixia, y envenena.
¿Qué corazon habrá que no se quiebre,
Y qué ojos que no lloren, pueblo amado?
Al verte así postrado
Por el tífus, el cólera y la fiebre;
Que cuando piensas que su horror minoran,
¡Se adunan con mas furia y te devoran!
Cual suele, sin saciarse, entorpecida
Quedar harta de sangre la pantera;
Y luego enfurecida
Con mas hambre volver... así, mas fiera,
Si tal vez la epidemia se adormece,
Luego, mas devorante reaparece.
Nueva Jerusalem, cuando inhumanas
La asaltaban las hordas del caldeo,
Mártir Montevideo,
Yace postrada allí; y en diez semanas
Se ve entre mas horrores sumergida,
Que en diez años de guerra fratricida.
¡Cuántas dignas matronas, cuántas bellas
Ricas de porvenir y de hermosura,
Eclipsadas estrellas,
Cayeron, oh dolor, desde su altura!
¡Cuánta gente infeliz, y cuántos hombres

De ilustre fama y distinguidos nombres!
¡Lamas!... de nuestra Iglesia el gran prelado,
Padre de nuestro clero, ¡ay Dios, fallece!
Y huérfano, enlutado,
Lanza el templo un gemido, y se estremece:
Digno Melquisedec, su mitra espera,
¡Y le da un ataud la parca fiera!
.....
¡Oh qué espantoso cuadro
De horrores diferentes,
Oprimiéndome el alma
Ven mis ojos, do quiera que se vuelven!
El pestífero tífus
Con la amarilla fiebre,
Y el cólera espantoso,
¡Son los fieros ministros de la muerte!
.....
Ya el hábito de Dios... su luz divina
Inspiran salutífera influencia,
Ya mi alma le adivina...
¡De rodillas, oh pueblo, en su presencia!
Ya como alfombra que á sus piés se extiende,
¡Inclinanse los cielos y El desciende!
Dulce intuicion del alma que consuela
Al vate, del naufragio libertado;
Y feliz le revela
Tu grato porvenir, oh pueblo amado,
En que cantes exento de amarguras;
¡Hosanna, y gloria á Dios en las alturas!

Figueroa era poeta de vocacion, pero le faltaban fuego y viveza; era fecundo, pero no arrebatador; era correcto, pero no fascinador; tenia sentimiento, pero no pasion. Se empapó mucho en la lectura de los clásicos griegos y latinos, y si esa lectura le formó el gusto y le preparó á la correccion y á la elegancia del estilo, tambien le aprisionó demasiado la imaginacion. La sobriedad de imágenes y la temperancia de lenguaje y de sentimientos son cualidades recomendables; pero ello es cierto que hay composiciones líricas cuya belleza depende en parte del arrebatado, del fuego, de la viveza en los movimientos del alma, de esa obediencia ciega á los impulsos del estro; y Figueroa resistia á esas solicitudes del demonio interior, y se precavia contra aquellos ardores de la imaginacion meridional.

En cambio, además de las cualidades mencionadas en otro lugar, al poeta oriental no le faltaba ni la propiedad de la palabra, ni lo preciso de la idea, ni la amable simplicidad, ni el brillo y la elevacion. A pesar de que se alejó siempre de la afectacion de estilo y de las exageraciones del pensamiento, evitó con cuidado caer en lo vulgar y lo prosaico.

Figueroa siguió, sin esperarlas, las instrucciones de Cuvillier-Fleury, que ha dicho: « Hay un limite mas allá del cual no hay poetas ni poesia, porque si sus dominios parecen infinitos, tienen por limites por todas partes la gramática, la prosodia, la tradicion, el genio nacional, el sentido comun; fronteras que se pueden traspasar, pero con la certidumbre de perderse entre la niebla ó de caer en el fango. »

Figueroa, dulce, correcto y fecundo poeta, siempre tuvo presente esto:

Il faut, même en chanson, du bon sens et de l'art;

y por esto será uno de los mas estimados poetas y literatos de la América latina. Su nombre es popular, y sus poesías pasarán á la posteridad.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1863.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia de viaje. — En dónde se muestran los dandys. — Dos triunfos en el Hipódromo: Hermann y Tolmaque. — Los espectros en los teatros. — Llegada á Paris de Alejandro Dumas. — La elegancia en las carreras de caballos de Maisons-Laffitte. — Las actualidades de la moda. — Los fracs de fular y de alpaga. — Conjunto general de los vestidos á la orden del verano. — Reseña de trajes fashionables. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de la temporada.

La elegancia está de viaje.
Los únicos dandys que permanecen en Paris se muestran por la noche en el concierto de los Campos Elíseos, y por el día en el Hipódromo.
Para traje de Hipódromo, algunos jóvenes de la buena sociedad han adoptado casacas de seda de color, de fular de las Indias.
Es de un bonito efecto.
Los mas atrevidos se presentan con frac de fular blanco y de fular malva.
Los mas tímidos eligen el fular gris ó el fular color de cuero.
Las funciones del Hipódromo están muy concurridas gracias á Hermann y á Tolmaque.
Hermann es un domador de fieras que gobierna una manada de leones, osos y hienas como si fuesen carneros.
Sin embargo, tiene que habérselas tambien con un oso blanco que no lleva mas que un objeto cuando se halla en presencia de Hermann, y es el de arrojarse sobre él y saciar su ferocidad sanguinaria.

Es una lucha horrible de algunos segundos entre el oso y el hombre, tan conmovedora que todos los espectadores gritan: « Basta. »

En cuanto á Tolmaque, es un hombre de una fisonomía interesante, que ha aprendido en la India el secreto de soltarse los nudos mas intrincados.

Todo el que quiere baja para atarle sobre su silla, y hay muchos espectadores que lo hacen así, imaginándose que Tolmaque no podrá nunca libertarse de ciertos nudos gordianos que combinan con mucha malicia.

El juéves último un oficial de marina le hizo algunos nudos de cordaje; Tolmaque tardó algunos minutos mas que de costumbre, pero al fin salió victorioso de esta prueba difícil.

¿Cómo se la gobierna?

Nadie lo sabe.

En cuanto está bien atado, y le han hecho dar la vuelta á todo el Hipódromo, le cubren con una colmena de tela de algodón, y á pocos minutos hace saltar la colmena en el aire y aparece libre de toda traba, con las cuerdas á sus piés, que no han sido cortadas, sino desatadas.

Tambien hay otra novedad á la moda: *los Espectros*.

Henos aquí otra vez en las épocas de Cagliostro y de Mesmer.

En cuanto se ha tratado de espectros, Alejandro Dumas ha salido de Nápoles y ha venido á Paris, y no porque sea él un espectro ni en espíritu ni en cuerpo; sino porque el afamado novelista es aficionado á todo lo maravilloso. Lo que le impresiona no es la realidad, sino la sombra, el espectro que se desvanece en cuanto le tocan, el espíritu invisible que se escapa de las entrañas de la tierra ó de las regiones celestes para conversar con el hombre.

¡Qué lástima que los salones estén cerrados! pues en lugar de poner en las esquelas de convite el clásico: Se bailará; se pondría este anuncio tentador: Habrá espectros.

El domingo último ha habido carreras de caballos en Maisons-Laffitte, y en ellas se han visto los famosos fracs de fular que constituyen la gran novedad del día.

No hay duda que esto es muy fresco y mucho mas elegante que el frac de nankin, de tela inglesa ó de piqué.

Yo llamo frac á una especie de jaqueta que se parece mucho á la casaca que se usaba en tiempo de Luis XIV.

Los buenos mozos llevan este frac de fular de color de malva, gris claro y verde pistacho.

El verde pistacho de nuestros abuelos viene á estar en boga. Todo se debe esperar en cuanto á trajes y colores.

La moda sufre como la tierra un movimiento de rotacion y de revolucion en torno del sol de la fantasía.

Los vestidos de alpaga se continúan haciendo todavía, pero ya no están en la cúspide de la elegancia.

El alpaga de grano grueso, especie de camelot de hilo redondo, forma novedad y se sostiene mejor que el alpaga demasiado fino, que se arruga mas fácilmente, y que por su transparencia se parece á la muselina de seda.

Con el alpaga se hacen fracs por el estilo de los de fular.

Para los hombres de cierta edad, hace muy bien la levita de alpaga negro, muy corta, con poco vuelo, acompañada de un pantalón de hilo blanco y chaleco de lo mismo.

En cuanto al conjunto general de los vestidos, dominan siempre la jaqueta y el pequeño paletó, salvo algunos fracs Newmarket y algunas levitas de paño que se reservan para visitas entre vecinos, para conciertos matutinos y comidas en las casas de campo.

Tambien se llevan muchos trajes blancos de hilo, que reproducen mas bien la jaqueta que el paletó-saco.

Los chalecos se hacen de piqué y de cotí estampado.

Para pantalón blanco se prefiere el imperial y el trenzado al cotí satinado.

En resumen, hé aquí una reseña de los trajes fashionables de este verano.

Para montar á caballo por la mañana, jaqueta de tejido de lana, de rayas ó mezclilla, con ocho bolsillos, dos de ellos sobre las caderas, dos por detrás, dos á los lados, uno á la izquierda en el pecho para el pañuelo, y otro horizontal para la petaca.

Desde hace algun tiempo se van familiarizando los hombres con el *Nicobobo*.

El *Nicobobo* es un pantalón que imita el que usan los zuavos. Nada tendria de extraño que los elegantes se pusieran polainas para sus excursiones matutinas.

A la hora del almuerzo el traje se transforma.

Están admitidos el frac de fular, de alpaga ó de paño ligero, con un chaleco y un pantalón de cotí blanco.

Este vestido se conserva para paseo por el parque, á menos que no se quiera reemplazar con otro todo blanco.

Para por la noche es de rigor el frac Florian de color claro, el frac Newmarket ó el frac á la francesa.

Sigue habiendo una gran variedad de corbatas.

Los mozalbetes continúan usando corbatas de granadina con anillo; pero como esta moda se ha criticado mucho, los hombres graves han abandonado la sortija y llevan simplemente la corbata de granadina con un lazo.

Tambien se lleva la corbata querubín, una cinta rayada de la anchura de un dedo, que nos ha venido de los ingleses, y por lo tanto de la orden de la Jarretiere.

Los sombreros mas á la moda para el campo son de paja de China ó de paja de Italia con cinta de color en torno del casco.

Con el frac de fular se llevan zapatos con hebillas y lazo de cinta.

El pantalón cae derecho sobre el pié, de modo que se vean las medias de seda y el calzado.

Completaremos nuestra revista fashionable con la descripción del figurin.

El primer traje corresponde á un joven de unos treinta años. Se compone de una levita de paño azul imperial, que resalta sobre un pantalón y un chaleco de cotí blanco.

El chaleco es de chal con cinco botones de nácar y bordes redondos. La corbata es de gasa de seda color de rosa. Guantes de Sajonia y sombrero blanco.

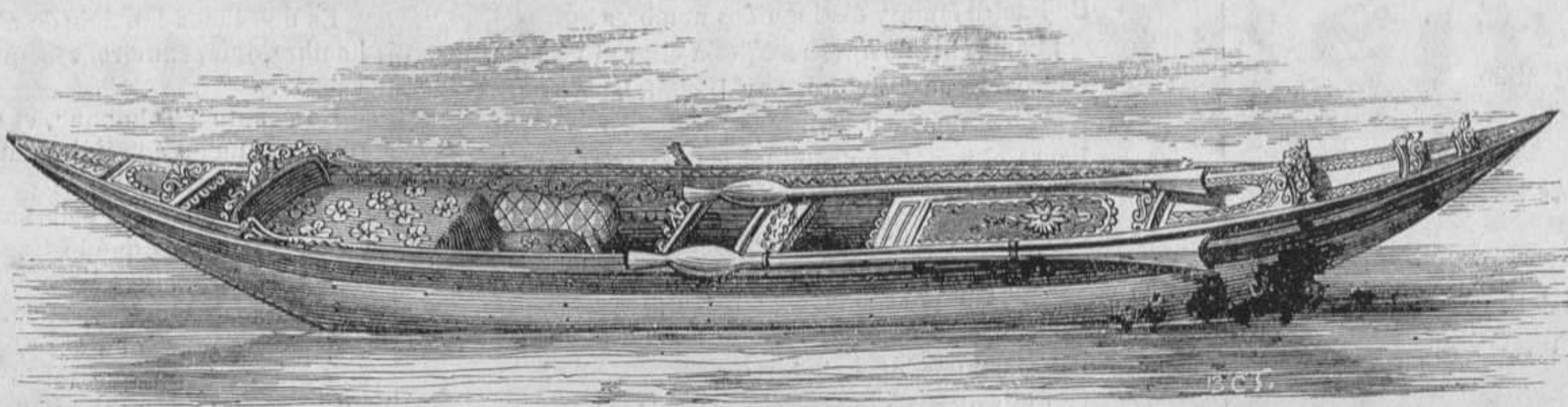
El segundo traje es de bañista en la playa de Dieppe ó de Biarritz.

Consta de un pequeño paletó, un gran chaleco y un pantalón ancho, todo ello de cotí rayado.

Sombrero jockey; guantes gris perla, de piel de Suecia, y corbata grosella ó azul.

El último traje es de serio. Frac Newmarket de paño color de castaña con chaleco de valencias gris perla y pantalón de color adecuado al del chaleco.

Este frac tiene dos hileras



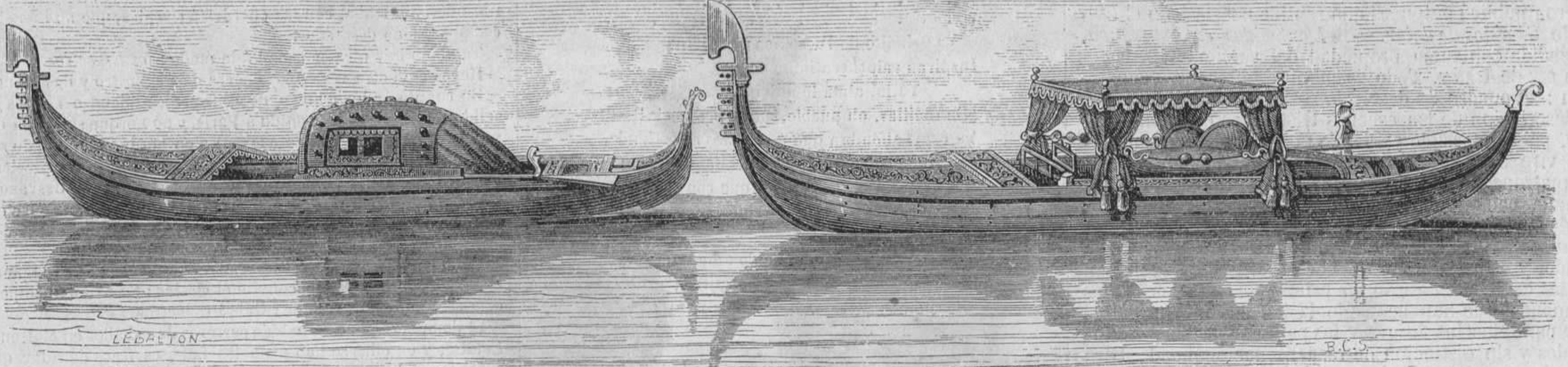
Caic de S. M. la emperatriz en Fontainebleau.

de botones y se abrocha con el cuarto si se quiere. El cuello es bajo y estrecho; y la caída de las solapas se prolonga hasta el segundo ojal.

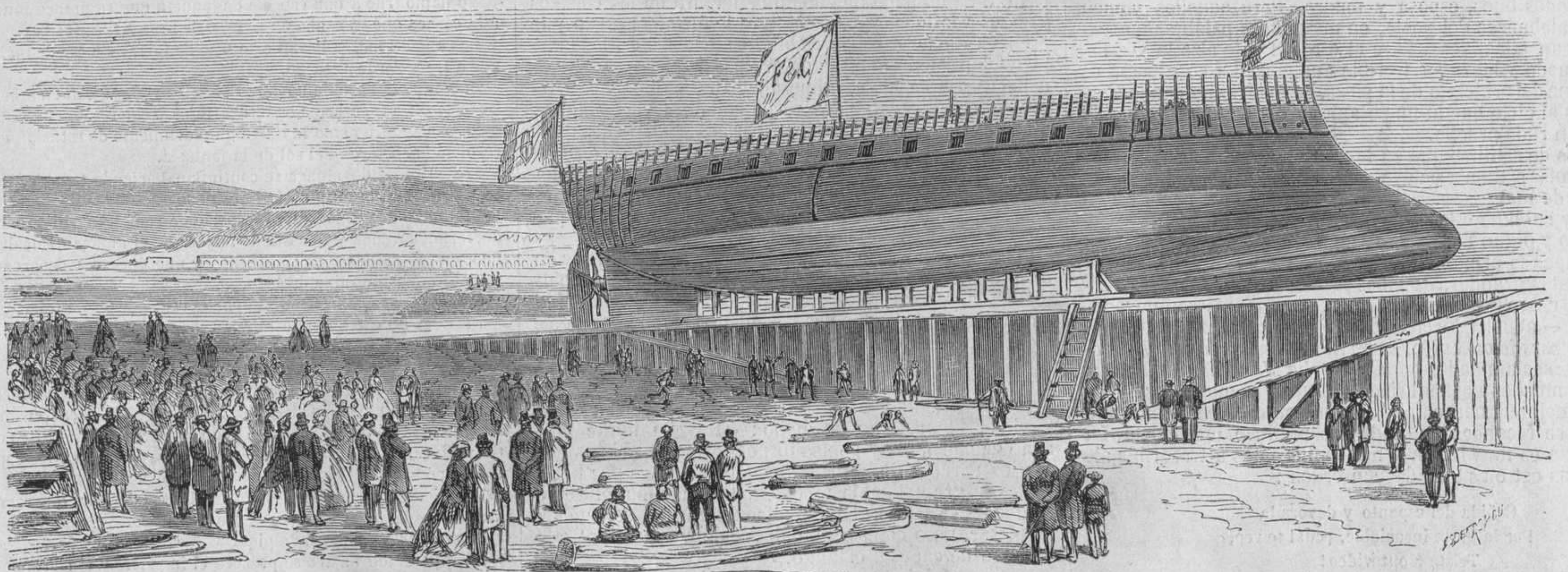
Los faldones, sin ser largos, se redondean en escape hacia abajo.

El chaleco es de chal y el pantalón de una anchura mediana. Guantes de Sajonia y corbata de fular violeta de Niza.

V. DE RENNEVILLE.



Aparejada para la noche. — GONDOLA VENECIANA DE S. M. LA EMPERATRIZ EN FONTAINEBLEAU. — Aparejada para el día.



Varada de la fragata-ariete Regina Maria Pia en Tolon.

Góndola y caic de S. M. la emperatriz EN FONTAINEBLEAU.

En la residencia imperial de Fontainebleau se hallan actualmente dos embarcaciones extranjeras que ha querido poseer S. M. la emperatriz, una gondola veneciana y un caic turco, cuyos dibujos ofrecemos á nuestros lectores en esta página. La gondola ha venido á Francia de Venecia, con su gondolero veneciano tambien, y que se pone á cantar barcarolas y estrofas del Taso en cuanto su remo surca las ondas del estanque de Fontainebleau. Ahora bien, ¿ en las hermosas noches de verano, el gondolero no echará de menos el Adriático, la Piazzetta, el balcon del palacio de los Dux, las cúpulas de San Marco, el leon de bronce, Santa Maria della Salute, los puentes de mármol blanco cuyas gradas suben y bajan las venecianas con su pañuelo encarnado, y el grito de los gondoleros á la revuelta de los palacios? ¡ Ay! Si piensa en todo esto, muy triste debe parecerle el estanque de Fontainebleau, que solo es afamado por sus carpas. Pocos dias despues de la gondola llegó el caic con sus remeros turcos; y es de esperar que el año próximo tendremos algunas de estas embarcaciones de entrambos modelos en los lagos del bosque de Boulogne, en Asnieres y en Versailles, de tal manera estos esquifes exóticos se han puesto á la moda. F.

Varada de la fragata-ariete Regina Maria Pia.

Tolon 29 de mayo.

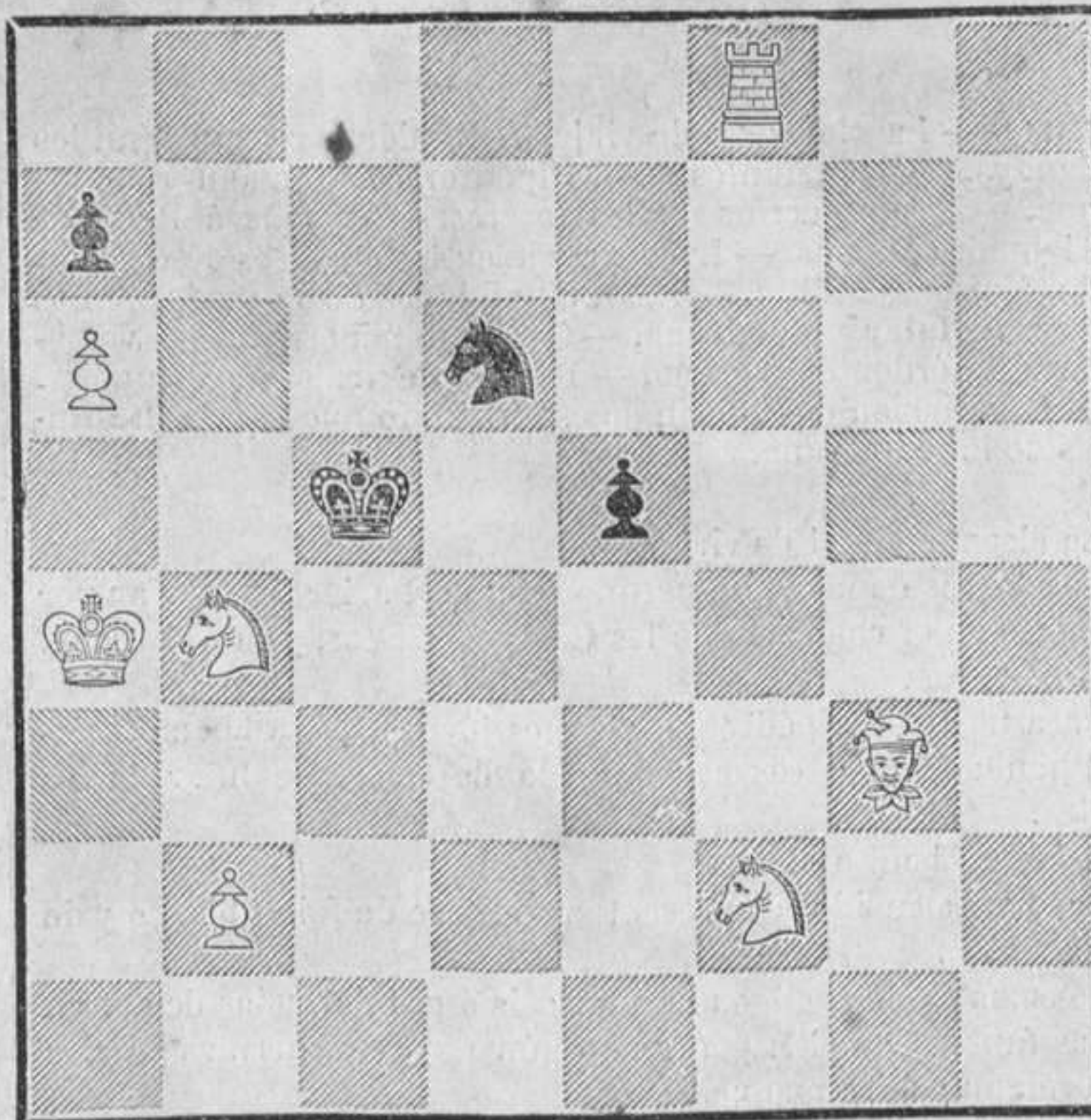
A un simple carpintero dotado de una perseverancia

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 68.

- 1 T 5ª AR R come T
- 2 P 6ª ARa R juega
- 3 Ra come A jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 69, POR M. F. REIMANN. NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

sin igual, debe hoy el Seyne el que su puertecillo, antes tan abandonado y donde no se construia otra cosa que barcas de pescadores, se cuente ya entre los astilleros de construccion de primer orden.

De oficial de carpintero, M. Verlaque ha llegado, gracias á su inteligencia y á su firme voluntad de instruirse, á ser uno de los ingenieros civiles mas competentes que hay en Francia para la construccion naval. El es quien dirige actualmente el arsenal civil y sus tres mil obreros de la compañía de fraguas y astilleros del Mediterráneo, á la que se dirigen de todas las comarcas los pedidos de construccion de buques. La última obra que ha salido de los astilleros de esta Sociedad es la fragata-ariete Regina Maria Pia, que se ve reproducida en nuestro dibujo.

La forma de este buque constituye un tipo enteramente nuevo; y el gobierno italiano, para quien se ha construido, ha encargado otros cuatro del mismo modelo.

La Regina Maria Pia mide de la roda al codaste 82 metros; su anchura mayor es de 15 metros, la fuerza de las máquinas de 700 caballos, y la velocidad en tiempo ordinario de 14 nudos.

La quilla es de hierro y está revestida de una coraza á la prueba de los mas fuertes proyectiles, aplicada sobre un colchon de madera de mas de 40 centímetros de grueso.

La roda se inclina hácia adelante á partir del puente superior para formar un saliente de mas de 6 metros á 3ª 50 sobre la flotacion. Esta parte del buque está construida de modo que la fragata-ariete pueda chocar con los navios acorazados del mayor porte sin sufrir graves averias.

Por último, esta fragata llevará 20 cañones del calibre 50.

L.